



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de CEU-Universidad San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

CAPÍTULO 7

LAS UNIFICACIONES DE ITALIA Y ALEMANIA (1848-1870)

por LUIS E. TOGORES SÁNCHEZ
Profesor Adjunto de Historia Contemporánea,
Universidad San Pablo - CEU

1. Los valores e ideas del nacionalismo

En la primera mitad del siglo XIX Europa contenía dentro de sus fronteras a todas las grandes potencias de la época. Francia y Gran Bretaña ostentaban el liderazgo gracias a sus regímenes políticos liberales y a su importante desarrollo industrial, comercial, militar y cultural. Junto a ellas Rusia, Austria y, en menor medida, Prusia, pugnaban por defender lo que quedaba del Antiguo Régimen, al tiempo que mantener y acrecentar su importancia internacional. España, como consecuencia de la guerra de Independencia y de la primera guerra carlista, sumadas a las insidias y rencores de las grandes potencias, había perdido la casi totalidad de su Imperio americano y con él su categoría de gran potencia.

Europa era algo más que la estrecha visión que ofrecían el «selecto club» de las grandes potencias: naciones como Portugal, Dinamarca, Suiza, los Países Bajos (Bélgica y Holanda), Baviera, la desaparecida Polonia, etc., junto a un extenso catálogo de pequeños reinos, principados, ducados, ciudades libres..., conferían al viejo continente una riqueza y singularidad que daba al mapa europeo una complejidad que sólo el triunfo de los nacionalismos pudo alterar.

El nacionalismo surgió como consecuencia de los sucesos y cambios generados por la Revolución francesa y difundidos por Europa durante la etapa napoleónica. El éxito del pensamiento romántico permitió que el nacionalismo se convirtiese en el movimiento cultural y político de las vanguardias de su época, con una difusión y vitalidad que ninguna otra ideología había conseguido hasta aquel momento.

Con el fracaso relativo de las revoluciones de 1820, 1830 y 1848, se frustraron los deseos de muchos europeos de poner fin definitivamente a los vestigios del Antiguo Régimen que el Congreso de Viena —propiciado por Rusia, Austria, Prusia y la Francia de los Borbones— había intentado recomponer con desigual éxito. Desde las costas del Atlántico a las fronteras más occidentales del Imperio ruso, muchos europeos soñaban con redefinir el mapa de Europa sobre el principio de las nacionalidades.

La lenta pero imparable implantación de regímenes liberales en muchos países de Europa facilitó la extensión del nacionalismo. La crisis europea de 1848 sirvió para

demostrar el ímpetu del movimiento de las nacionalidades, a pesar de haber acabado en un fracaso aparentemente total. Con el paso del tiempo, con las nuevas crisis internacionales que se iban produciendo, el nacionalismo recobró su vigor y volvió a intentar, hasta lograrlo, reformar el mapa del continente.

Los rumanos de Valaquia y Moldavia se aprovecharon de la guerra de Crimea para unir los dos principados bajo un mismo gobierno autónomo en 1856. El movimiento nacional italiano adquirió nuevo vigor a partir de 1857 y el alemán siguió sus pasos poco tiempo más tarde. La población griega de Creta se sublevó contra la dominación turca. Los polacos protagonizaron una nueva revuelta en 1863, al tiempo que en Irlanda renacían las protestas contra la dominación inglesa. Todos los grupos nacionales conscientes del tiempo que les había tocado vivir exigían el control sobre su destino, sobre su país, pasando por encima de los derechos de las minorías, enfrentándose a los antiguos poderes surgidos del feudalismo, dispuestos a enterrar los rescoldos del Antiguo Régimen. Tenían la clara voluntad de formar un Estado-nación.

En los años cuarenta y cincuenta la idea de nacionalidad se convirtió en uno de los centros de atención y preocupaciones de los europeos. Este principio, antes ambiguo, consistía en agrupar poblaciones de una misma nacionalidad en un mismo Estado, y que aquellos Estados formados por varias nacionalidades debían dar a éstos la libertad de optar en qué Estado querían quedar integrados.

Existían básicamente dos formas de concebir el nacionalismo. El romanticismo alemán consideraba la nación como un ser vivo que se desarrollaba gracias a la acción de una fuerza superior y atemporal, el genio nacional (*Volkseist*), que se manifestaba en la existencia de una comunidad de lengua, de costumbres y tradiciones. Esta interpretación de la idea de nacionalidad, de inspiración conservadora, ponía por encima de los deseos de la población que formaban esa nacionalidad, la existencia y el futuro de su nación, ya que atribuían a ésta una vida y unos designios propios que iban más allá de la voluntad momentánea de una generación concreta.

Con el paso del tiempo esta concepción del nacionalismo cobró en algunos casos connotaciones de índole racista. En lugar de hablar de comunidad lingüística o del hecho de conciencia se empezó a considerar el difuso concepto de raza como definidor de la nacionalidad. Entre 1853 y 1855, Gobineau publicó sus cuatro volúmenes relativos a la razas humanas, en los que consideraba como superior a la raza blanca, al tiempo que afirmaba dentro de ella la primacía de los germanos y la decadencia de los latinos. Esta teoría fue combatida por Tocqueville, Michelet y Renan, lo que no impidió su éxito y difusión en Alemania y el mundo anglosajón.

Existía también una concepción latina del nacionalismo, formulada por Mazzini en 1834: «Una nación es la asociación de todos los hombres, agrupados por la lengua, por ciertas condiciones geográficas o por el papel que han desempeñado en la historia. Reconocen un mismo principio y marchan, bajo el impulso de un Derecho unificado, a la conquista de un mismo objetivo definido... La patria es, ante todo, la conciencia de la patria.» Siendo el rasgo definidor del nacionalismo latino la voluntad de vivir en común.

Sobre estos principios nacionales se iba a rehacer el mapa de Europa, generándose los cambios más importantes de la historia del siglo XIX, a instancias de dos grupos humanos: alemanes e italianos. El movimiento de las nacionalidades puso en discusión directamente el estatuto territorial. Era una fuerza de disociación a veces, y otras una fuerza de construcción. Los mazzinianos tenían un gran programa integral:

querían —dice Renouvin— reconstruir Europa de pies a cabeza haciendo coincidir por todas partes Estado y nación. El Estado nacional debería ser unitario, pues la forma federal condenaría a los gobiernos a la impotencia y favorecería la supervivencia de viejas rivalidades locales; tenían que ser republicanos, ya que la soberanía residía en el pueblo; pero no socialista, pues la lucha económica era una insensatez. Los alemanes sólo querían crear una gran nación germánica aunque tuviesen que conculcar los derechos de otros pueblos.

La revolución de 1848, como señala Comellas, romántica por naturaleza, había presenciado el exacerbamiento de los nacionalismos, pero no había logrado formalizar la unidad de las dos nacionalidades con mayor voluntad de integración histórica, Alemania e Italia. Esta unidad sería obra no del romanticismo político, sino del positivismo político, propio de la siguiente generación, siendo realizado no por la espontánea e improvisada acción popular, sino por obra de una bien calculada política de un núcleo de naciones ya existentes —Prusia y Piamonte— bajo la dirección de unas élites impregnadas de nacionalismo.

En los años que van entre 1850 y 1870 se conjugaron los factores que permitieron la transformación del mapa de la vieja Europa. Surgió un nuevo reparto del poder como consecuencia del triunfo del nacionalismo: la unificación de la península italiana por la casa de Saboya, y la creación de una Alemania unida bajo el control de la casa reinante en Prusia, los Hohenzollern. Estos hechos rompieron cualquier remota posibilidad de supervivencia del sistema surgido en Viena en 1815. Nacía una nueva concepción de la política (*Realpolitik*) y del equilibrio de fuerzas a nivel mundial de la mano de hombres como Bismarck, Napoleón III o Cavour.

2. La revolución de 1848 en el Imperio austríaco

De los sucesos de 1848 ya se ha hablado en el capítulo anterior como parte del ciclo revolucionario que afectó a Europa entre 1820 y 1848. No se debe perder de vista que estos acontecimientos fueron en parte simultáneos a los que se explican en este capítulo, aunque los tengamos que exponer por países y de forma consecutiva: el capítulo anterior trató los sucesos revolucionarios en Francia, pero nada se dijo de lo ocurrido en el Imperio austríaco y en el mundo germánico. La revolución de 1848 en Alemania, Austria, Hungría e Italia está directamente relacionada con los procesos de unificación de Italia y Alemania. Es por tanto ahora el momento de hablar de ellos dentro de una cadena de acontecimientos estrechamente relacionados que se inician con esta revolución y terminan en 1870.

El rey Fernando de Austria era incapaz y débil de carácter: había sido coronado rey de Hungría en 1830 (aún en vida de su padre), en 1836 de Bohemia, y recibió la corona de hierro de Lombardía en 1838. Ya en estos años el sentimiento nacional se agitaba por todos los territorios del Imperio de los Habsburgo. Las Dietas, únicos medios a través de los cuales podía expresarse el descontento, se estaban convirtiendo —al igual que en Francia— en órganos del liberalismo en contra de los derechos y atribuciones que ostentaban los burócratas alemanes desperdigados por todo el Imperio al servicio del gobierno de Viena. Metternich, rey sin corona de Austria, intentaba consolidar la débil monarquía haciendo resurgir las ceremonias provinciales tradicionales con desigual éxito.

El germen más fuerte de nacionalismo dentro del Imperio austríaco estaba en Hungría e Italia.

En el caso húngaro, dos tendencias luchaban por el control del nacionalismo magiar: la encarnada por Széchényi y la de Kossuth. Széchényi deseaba que el nacionalismo húngaro crease un Estado nacional moderno, fruto de una evolución natural y en clara empatía con el gobierno de Viena: el modelo que propugnaba era el de los *whig* ingleses, una alianza de grandes aristócratas con las clases medias urbanas capaces de hacer una revolución pacífica y desde arriba.

La otra opción estaba representada por Kossuth, que surgía para defender los derechos y aspiraciones de 600.000 pequeños nobles rurales y sus familias (en las ciudades vivían unas 575.000 personas) como verdaderos propietarios de una nueva Hungría que tenía que nacer; su mayor acierto fue situar en la fidelidad al nacionalismo magiar y no en la propiedad de la tierra, el título que acreditaba a los verdaderos patriotas húngaros (él era de origen eslovaco y carecía de tierra). Afirmaba que el corazón del pueblo magiar era la nobleza rural, convirtiendo a éstos de una clase social a la esencia misma de la nación. Hungría debía convertirse en un Estado nacional exclusivamente magiar: este dogma simple hizo a Kossuth triunfar. Había que desplazar al alemán y a los alemanes de la administración que ejercían en nombre de Viena en Hungría y así abrir a la pequeña nobleza húngara el monopolio del empleo estatal. En sus sueños expansionistas Kossuth incluía todos los territorios de la «corona de San Esteban» (antiguo reino de Hungría), lo que llevaba al enfrentamiento con Transilvania y Croacia.

El choque entre Metternich y la Dieta húngara se inició al declarar ésta en 1840 como única lengua de uso oficial al húngaro, desplazando al alemán, hasta entonces lengua oficial única del Imperio. En 1844 Viena se vio obligada a aceptar la ley de uso de la lengua magiar, lo que representaba la victoria de Kossuth y sus partidarios, siendo la única concesión a Viena el aceptar el alemán como lengua epistolar con las autoridades imperiales: ésta era la gratitud de Hungría a un Imperio de más de trescientos años y que les había liberado del dominio turco.

En Viena sabían que la manera de frenar a Kossuth y su pequeña nobleza era usar la olvidada arma de José II, el llamamiento al campesinado contra los terratenientes, pero el sistema les repugnaba, pues ellos mismos eran aristócratas. En 1846 la nobleza y los intelectuales polacos se sublevaron como un fragmento prematuro de lo que había de ser 1848. La autoridades imperiales, mal preparadas y temerosas, hicieron un llamamiento al campesinado contra sus nobles: la sublevación de Galitzia fue sometida a golpe de horca y rastrillo por un campesinado carente de conciencia nacional. El ejemplo cundió, las masas campesinas estaban agitadas. Quien se presentase como liberador del *Robot* (impuesto pagado por los campesinos) se ganaría al campesinado para su causa. El escenario estaba preparado para la revolución de 1848.

La sublevación de la Galitzia polaca fue el primer estallido; Lombardía estaba en plena ebullición; la Hungría de Kossuth se encontraba fuera de control, incluso en la propia Viena conspiraban los clubes liberales ante los ojos atónitos de la policía. Metternich sólo podía contar con el apoyo de Rusia, pero su intervención le granjearía el odio de polacos, magiares, alemanes e italianos, y detrás de los cuatro estaba la amenazadora sombra de Napoleón.

El Imperio austríaco estaba fundamentalmente compuesto por poblaciones rurales de diferentes nacionalidades. En 1848 sólo existían dos ciudades de más de

100.000 habitantes en los territorios propiedad de los Habsburgo en Italia, Milán y Venecia, y tres equiparables al norte de los Alpes, Viena, Budapest y Praga. La nobleza húngara y la de bohemia se alzó para lograr más poder, tomando contenidos revolucionarios —a pesar de ser fundamentalmente nobleza media y baja rural— para poder liderar a sus campesinos alzados contra un feudalismo que encarnaron en el gobierno imperial. La revolución de 1848 no vino causada por la revolución industrial, sino por su ausencia. En las ciudades se alzó un proletariado que carecía de trabajo al no haber industrias, encabezados por estudiantes y no por una burguesía liberal casi inexistente.

Los sucesos de París desencadenaron la tormenta de 1848. En Praga y Budapest los estudiantes se hicieron con el control de la revolución: exigían una Constitución democrática con sufragio universal, la abolición del *Robot* sin indemnización, e igualdad de derechos para todas las nacionalidades. Este programa iba contra los intereses de la nobleza, pero en Hungría, Kossuth persuadió a sus seguidores de mejorar estas ofertas para lograr el control de la situación: apagó el clamor democrático con el grito más fuerte de la independencia nacional lanzado contra los Habsburgo. Las «leyes de marzo» impuestas por Kossuth y sus partidarios, que debían hacer nacer la Hungría moderna, tenían tres aspectos que las convertían en claramente sectarias: constitucional, liberal y nacional, todas centradas en proteger a la pequeña nobleza.

En Viena la revolución tuvo características peculiares: fue una lucha por el poder, no un hundimiento del mismo. El gobierno imperial trató de negociar con la revolución. El 12 de marzo de 1848, Metternich propuso convocar Estados Generales; intentaba aglutinar a la nobleza en torno al emperador, pero la nobleza ya no tenía voluntad para enfrentarse a la revolución y además echaba la culpa al gobierno imperial de la abolición del *Robot*. Grupos aristocráticos ultramontanos, liderados por la archiduquesa Sofía, sacrificaron a Metternich para intentar salvar lo que quedaba de la monarquía de los Habsburgo. La conspiración aristocrática, que apeló a las masas, se vio rebasada por éstas: la lucha callejera y la desintegración total del Imperio sólo se evitó gracias a la total incapacidad de reacción del gobierno. Si hubiese intentado resistir, la estructura central del Imperio austriaco habría sido destruida. En Viena el poder pasó en la práctica del gobierno imperial a un comité de estudiantes sin ninguna capacidad de actuación.

En 18 de marzo en Lombardía, nada más conocerse la caída de Metternich, estalló la rebelión, pidiendo inmediatamente ayuda a Carlos Alberto del Piamonte, lo que provocó un levantamiento en Venecia y la proclamación de la República.

La familia imperial y su gobierno daban promesas vacías, pues carecían de poder para llevarlas adelante. El 25 de abril se intentó promulgar una Constitución parlamentaria para todo el Imperio; el 15 de mayo fue retirada y dos días después, el 17, la corte imperial abandonaba Viena rumbo a Innsbruck. El 26 de mayo el liderazgo de la revolución lo tomaban los radicales, proclamando la creación de un comité de salud pública.

En Italia, Radetzky, comandante en jefe del ejército, recibió la orden de no oponerse a la insurrección ni a la invasión de los piamonteses: Viena estaba dispuesta a ceder la Lombardía a los Saboya y dar la autonomía a Venecia (proyecto que no se llevó adelante por las exigencias de Turín, que deseaba la entrega de todo el norte de Italia). Radetzky, ignorando las órdenes de Viena, se preparó para recuperar lo perdido por la fuerza. El gobierno imperial, una vez recuperado el relativo control sobre la

situación en Viena, alentó su desobediencia y se aprestó para apoyarle. Las pretensiones de los italianos sobre el Tirol y Trieste hicieron que incluso entre los grupos radicales alemanes surgiese un espíritu patriótico, que llevó a muchos estudiantes a abandonar las barricadas de Viena para alistarse en el ejército de Radetzky.

En Hungría, el archiduque Esteban se rindió sin resistencia incluso antes de tener órdenes al respecto. El 11 de abril las «leyes de marzo» fueron confirmadas por el emperador Fernando: el Imperio de los Habsburgo quedó legalmente separado en dos, siendo Hungría un Estado distinto de Austria.

Los liberales alemanes propugnaban la unión a la Asamblea de Frankfurt, el nacimiento de una Asamblea Constituyente para Austria, junto al reconocimiento de Hungría (unida al Imperio por lazos personales), la autonomía de la Galitzia polaca y la entrega de la Lombardía y el Véneto a un Estado unitario italiano. El Imperio se disolvía con consecuencias impredecibles. El propio Kossuth intentó frenar la situación de deterioro que se cernía sobre la corona de los Habsburgo, temeroso de que Hungría perdiese el papel de primacía que ahora disfrutaba sobre croatas, checos y eslovenos, ofreciendo su apoyo al nacionalismo alemán para salvar las pocas estructuras vienesas de poder que aún seguían en pie.

El gobierno imperial reaccionó nombrando a un patriota croata como gobernador de Croacia, lo que suponía el cuestionamiento de las «leyes de marzo» y el fin del control de aquellos territorios por el recién nacido gobierno magiar de Budapest. Servia fue alentada a oponerse a Hungría. Bohemia reclamó también su identidad sin renunciar a sus lazos con el Imperio. Igual camino tomaron otros grupos de eslavos. Entre los grupos nacionales del antes unido Imperio de los Habsburgo, surgían enfrentamientos que llevaban a unos contra otros, en beneficio de los intereses dinásticos.

Los imperiales, recobrada la moral gracias a los éxitos de Radetzky en Italia, se dispusieron a devolver los golpes. El general imperial Windischgrätz terminó con la revuelta de Praga por medio de la fuerza. Tropas imperiales y croatas invadieron Hungría sin contar con el apoyo del Parlamento de Viena: los intentos de radicales alemanes y húngaros de frenar la reacción de los imperiales se tradujo en la revolución vienesa de octubre, siendo ésta finalmente aplastada por la tropas de Windischgrätz y del croata Jellacíc. El 21 de noviembre, el imperial Schwarzenberg formó gobierno en Viena, al tiempo que el emperador Fernando abdicaba en su sobrino Francisco José. Schwarzenberg, el nuevo hombre fuerte, recurrió al uso sistemático del ejército y se preparó a crear un nuevo sistema político con la única idea de mantener el poder dinástico. En este juego de fuerzas y pueblos enfrentados por sus intereses y planes de futuro encontraría el gobierno imperial su mejor arma.

En Hungría, el nacionalismo radical de los magiares había degenerado en una guerra étnica que enfrentaba a éstos con serbios, eslovacos y rumanos: se estaban matando unos a otros en la guerra racial más feroz —hasta los actuales sucesos de Yugoslavia— de la edad contemporánea.

El gabinete de Schwarzenberg, por la mano de su colaborador Stadion, promulgó una Constitución para la totalidad del Imperio, incluidas Hungría y el Lombardo-Véneto, creando un Estado centralista unitario, con un solo Parlamento imperial, elegido por sufragio directo. En los imperiales había triunfado el grupo más práctico frente a aquellos que únicamente intentaban volver al pasado (Windischgrätz y otros seguidores de Metternich), aplicando principios centralistas y jacobinos: se iba a re-

conquistar Hungría y las posesiones italianas, desistiendo de toda apariencia de blando liberalismo.

Se reinició la guerra con el Piamonte, venciendo Radetzky en Novara en marzo de 1849. La República de Venecia fue derrotada después de una fácil campaña en julio. El delgado vínculo existente con los proyectos de una Alemania federal se rompieron. El 5 de abril los diputados austríacos se retiraban de la Asamblea de Frankfurt.

Vencer a Hungría fue una tarea mucho más ardua, a pesar de haberse producido un alzamiento nacional eslovaco en el norte contra el gobierno magiar, un alzamiento nacional servio en la Voivodina, una resistencia coordinada de alemanes y rumanos en Transilvania, y una invasión croata de una parte a otra del Drave. Kossuth, acosado por diferentes frentes, en vez de negociar avivó el patriotismo magiar, viendo el conflicto como una oportunidad para aniquilar a los pueblos no magiares mediante una guerra de exterminio sin cuartel, en la que fue logrando victoria tras victoria sobre sus enemigos. El 14 de abril de 1849 el Parlamento húngaro deponía a los Habsburgo y elegía a Kossuth como gobernante de la nueva Hungría independiente.

El zar, preocupado por los éxitos de los generales polacos al servicio de la causa magiar, del ejemplo que Hungría pudiese dar a Polonia, con los ojos puestos en los Balcanes, pues deseaba ocupar los principados danubianos, estaba decidido a intervenir a favor de los derechos de los Habsburgo. En mayo de 1849, un ejército ruso entró en Hungría. Los austríacos con una importante ayuda del ejército ruso derrotaron a Kossuth y a sus partidarios en Temesvar el 13 de agosto de 1849: el zar Nicolás I envió 150.000 hombres sin reclamar ninguna compensación a Austria, pues deseaba mantener el equilibrio europeo de 1815, al tiempo que batir a los 10.000 polacos mandados por Dembinski alistados en las fuerzas de Kossuth. Los húngaros capitulaban en agosto ante el zar en Vilagos. Fue una conquista militar y no una victoria política. No hubo nadie en Hungría que se alegrase de la derrota de Kossuth.

Como resultado de sus victorias, el Imperio austríaco se convirtió en un Estado completamente unitario, con una Administración gestionada por funcionarios alemanes a las órdenes de Viena, con un único sistema tributario. Una vez recuperada su soberanía sobre un Imperio cada vez más plurinacional, la dinastía de los Habsburgo volvió sus ojos hacia el corazón de Alemania. Viena miraba a Alemania con el claro objetivo de lograr el liderazgo de la Confederación Alemana frente a los deseos prusianos de dirección de una unión del norte. El Imperio austríaco era un gigante con los pies de barro y lleno de ambiciones. En sus propias contradicciones internas estaba la simiente de su crisis final.

3. La unificación italiana

3.1. LA REVOLUCIÓN DE 1848 EN ITALIA Y LA PRIMERA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Italia carecía de verdaderos lazos que incitasen a su unión: los Estados italianos no tenían ningún tipo de estructura federal, y desde un punto de vista económico no habían entrado verdaderamente en las nuevas formas de producción propias de la revolución industrial y ni siquiera atisbaban la posibilidad de la creación de un mer-

cado nacional para toda la península italiana. Las fuerzas de resistencia eran sólidas, de la mano del poderoso y omnipresente Imperio austríaco, que poseía el Lombardo-Véneto, dominaba de hecho los ducados de Parma, Módena y Toscana, al tiempo que tenía alianzas más o menos secretas con el rey de las Dos Sicilias y derechos a poseer guarniciones en los Estados Pontificios. Solamente la casa de Saboya, en el Piamonte y Cerdeña, se sustraía a esta presión directa de Viena sobre la península italiana.

Hacia mediados de los años cuarenta se perciben los primeros movimientos de una burguesía de comerciantes e industriales muy activa, deseosa de librarse de una Administración obstruccionista. La nueva industria y el comercio deseaban eliminar las barreras aduaneras, lograr la unidad en los sistemas de monedas, pesos y medidas. Reclamaban libertades económicas, pues veían en el liberalismo político el camino para obtener los cambios soñados que habían de posibilitar la creación de un mercado nacional italiano. Los reyes y príncipes se oponían a todos estos cambios, pues temían, con razón, que desembocase en la unidad política y por tanto en la desaparición de sus pequeños Estados, y con ellos sus privilegios.

Muchos miembros de la intelectualidad, y luego de las clases industriales y comerciales, de la burguesía urbana, estaban a favor de la unidad.

En el caso de Italia será un movimiento cultural, el *Risorgimento*, el que propicie la unidad de la península italiana: poetas como Giuseppe Giusti, autores de novelas históricas como Francisco Guerrazi, historiadores como César Cantú, Luigi Farini o Carlo Troja, serán los detonantes del proceso. Con ellos, idealistas y hombres de acción como Mazzini, Garibaldi o La Farina, seguirán el camino del alzamiento armado, de la revolución, para intentar lograr la unidad peninsular. En el *Risorgimento* fue más importante el movimiento intelectual que el económico. Las masas campesinas—cuatro de cada cinco italianos— se mostraban pasivas y desinteresadas ante la posibilidad de un solo reino de Italia.

Los revolucionarios en el sur de Europa, en Italia, se agruparon alrededor de la figura de Mazzini; propugnaba la idea de colaboración entre los hombres, estando convencido de la unidad del género humano; pensaba que la sociedad mejoraría si era guiada por una idea común, una fe que le inculcase «la voluntad de sacrificio». Había que ofrecer a la humanidad una nueva fe, una misión que llevase al hombre a actuar sin esperanza de recompensa alguna. A los italianos le correspondía el papel de llevar la vanguardia de la remodelación de Europa luchando contra los dos grandes focos de resistencia: la Santa Sede, que había faltado a su misión dificultando el progreso humano, y el Imperio austríaco, cuya existencia era el símbolo del Antiguo Régimen y la negación del principio nacional. El partido de la Joven Italia llegó a proponer la sustitución de la fe religiosa por la ideología nacionalista ya que pensaban que la Santa Sede había olvidado su misión y se había convertido en un obstáculo para el progreso.

Para los mazzinianos, la única forma de actuar era la insurrección, que incluso desde el fracaso serviría para dar ejemplo de sacrificio, creando mártires al servicio de la causa. Tenían una filosofía de vida en la que el activismo era tan importante como la causa que lo motivaba.

Mazzini fundó dos movimientos, la Joven Italia (en Marsella en 1832) y la Joven Europa (en Berna en 1834). Reclamaba el derecho de unir a todos los italianos bajo un solo gobierno que emanase de la soberanía popular; con iguales leyes, derechos y

deberes para todos, en un marco europeo de naciones fundadas sobre criterios nacionales y con sistemas políticos de corte liberal y progresista.

Como alternativa a los mazzinianos, en Italia existían otras dos grandes corrientes de pensamiento. El neoguelfismo aspiraba a reconciliar los ideales de catolicismo y libertad, proponía una solución acorde a los sentimientos de las masas, la coronación del papa como señor temporal de una futura Italia unificada. La tercera vía era la formulada por Cesare Balbo y Máximo D'Azeglio. Balbo, en su libro *Speranze d'Italia*, insistía más en la independencia que en la unidad, adjudicando a la casa de Saboya la misión de expulsar de la península italiana a los austríacos y liderar el movimiento nacional italiano desde una postura liberal y moderada en lo político, pero militarista y beligerante en lo referente al modo de actuación. Los reyes de Turín debían ser los promotores de la unidad peninsular.

A finales de 1847 resultaba inevitable que surgiese algún tipo de problemas en Italia. La insurrección empezó en el sur, donde Fernando II, rey de las Dos Sicilias se resistía a cualquier cambio. En Palermo la población se alzó en 1848, obligando al rey a prometer la promulgación de una Constitución. La rebelión de Palermo fue el catalizador para una gran revolución en toda Italia. En marzo, Toscana, Piamonte-Cerdeña y los Estados Pontificios obtuvieron reformas constitucionales.

La caída de Metternich en Viena propició revueltas en Venecia, dirigidas por el republicano Manin, y en Milán, siendo Cattaneo uno de los cabecillas. En Módena y Parma fueron depuestos sus gobernantes, propagándose por toda la península los ideales revolucionarios y nacionalistas.

En este estado de cosas Carlos Alberto del Piamonte fue el único gobernante italiano que se atrevió a declarar la guerra a Austria. Tenía el propósito de anexionarse Lombardía, Venecia, Parma y Módena, dando así comienzo a la unidad italiana. Toscana y Nápoles inicialmente manifestaron su solidaridad con los piamonteses, hasta que éstos fueron derrotados en Custoza (25 de julio de 1848) por Radetzky. Carlos Alberto fue forzado a firmar un armisticio y a devolver todos los territorios que había conquistado.

En marzo de 1849, Carlos Alberto volvió a la guerra contra Austria, siendo nuevamente derrotado en Novara (23 de marzo de 1849). Sus sueños de unidad fueron definitivamente abandonados.

Toscana se rindió en 1849. Los venecianos que habían fundado la República independiente de San Marcos, con Manin como presidente, resistieron el asedio austríaco hasta agosto de 1849. En Nápoles, Fernando se reinstauró a sí mismo y reconquistó Sicilia.

En Roma, donde también se había proclamado una República, se iniciaban los acontecimientos más interesantes de la revolución del 1848-1849 en Italia.

3.2. LA REPÚBLICA ROMANA (1848-1850)

El papa Pío IX fue durante un tiempo para muchos italianos un actor importante para el logro de la unificación italiana, radicando en este pensamiento buena parte de su popularidad inicial. Carlos Alberto llegó a ofrecer su espada al papa, y el mismo Garibaldi desde América puso a disposición de éste su legión de voluntarios. Mazzini le escribió una carta para que encabezara el proceso de unidad italiana. Las

primeras medidas de su gobierno reforzaron aún más esta reputación liberal: comenzó la reforma de la Administración, dio una mayor libertad de prensa, iluminó las calles con gas y aprobó la construcción del ferrocarril; pero sobre todo promulgó el decreto de amnistía de 17 de julio de 1846, que puso a muchos presos políticos en libertad. Metternich, temeroso de esta nueva actitud del papado, ordenó la ocupación de Ferrara por la fuerza en el verano de 1847.

El 10 de febrero de 1848, Pío IX concluía una alocución con las siguientes palabras: «Benedicid, pues, oh Dios omnipotente a Italia y conservadle este don preciado: la fe.» Los patriotas italianos vieron en estas palabras un apoyo a la guerra que estaban librando con Austria. Muchos gritaron vivas a Pío IX cuando se alistaban al ejército piemontés para participar en la guerra. Pero Pío IX no quiso tomar partido por ninguno de los bandos, ya que ambos eran ejércitos católicos. Esta actitud llevó a mazzinianos y, ahora, también a neogüelfos, a manifestar que si el papa por sus obligaciones religiosas se veía forzado a la neutralidad, debía renunciar a su soberanía en beneficio de Italia. Mazzini se convirtió en el hombre fuerte de Roma y Pío IX en un traidor.

El 15 de noviembre de 1848 fue asesinado en Roma Pellegrino Rossi, a quien Pío IX había nombrado jefe de gobierno. Estalló la revuelta y los revolucionarios asediaron el Quirinal, pudiendo escapar el papa gracias a la ayuda del conde Spaur, embajador de Baviera, el 24 de noviembre de 1848, refugiándose en el puerto napolitano de Gaeta, bajo la protección de Fernando II.

Los revolucionarios formaron un gobierno provisional que convocó una Asamblea Constituyente que debía redactar una Constitución y proclamar la República romana, que estaría gobernada por un triunvirato formado por Mazzini, Armellini y Saffi.

El papa permaneció en Gaeta hasta que un ejército franco-español mandado por Oudinot y Fernández de Córdoba desembarcó en Civitavecchia, el 24 de abril de 1849, venció las fuerzas romanas mandadas por Garibaldi, restableciendo al papa en su poder temporal. Pío IX regresó a Roma el 12 de abril de 1850. El apoyo de Napoleón Bonaparte, presidente de la República francesa, se debía a la necesidad que tenía éste de lograr el apoyo del voto católico.

La República de Roma fue el último estertor del sueño de 1848 en Italia. A pesar del fracaso, los grupos nacionalistas, inasequibles al desaliento, volvieron a agruparse y reorganizarse con el objetivo de volver a hacer brotar la llama de la revolución.

3.3. EL FINAL DEL ACTIVISMO MAZZINIANO

Los mazzinianos y sus partidarios, a pesar de sus anteriores fracasos, lograron crear una vez más, en muchas partes de Italia, una red clandestina de partidarios. En los Estados papales formaron una milicia clandestina (formada por escuadras, escuadrillas, centurias, cohortes, y comités municipales y provinciales) cuya red pronto se extendió a Florencia, al gran ducado de Toscana, la Lombardía y al Véneto. Mazzini, con colaboradores como Lironi, Fenzi o Mini, preparaba un nuevo gran estallido revolucionario para el año 1852.

La nueva insurrección debía estallar en las posesiones italianas del Imperio austríaco, en Lombardía y Véneto, coordinada con una sublevación en Hungría de los seguidores de Kossuth, que paralizaría toda posibilidad de reacción del gobierno de Viena.

La eficacia de la policía austríaca en Milán, en toda la Lombardía, con detenciones y ejecuciones sumarias, logró dañar las tramas de la conspiración. En febrero de 1853 estallaba la revolución, aunque ya desde su génesis condenada al fracaso. Este nuevo fracaso demostró la inviabilidad del proyecto revolucionario mazziniano.

Aunque su incapacidad para lograr el éxito quedó demostrada en sus numerosos intentos fallidos, resulta innegable el papel fundamental que desempeñó Mazzini y sus partidarios como sostenedores del fermento revolucionario y nacionalista en toda Italia. El fracaso de la sublevación en Milán supuso el fin de la opción republicana.

El fracaso en la península italiana de la revolución de 1848 produjo una feroz represión por parte de Austria y de los gobernantes italianos partidarios del Antiguo Régimen. Sólo en el reino del Piamonte, aunque derrotado por los ejércitos austríacos en los campos de batalla, pervivía el sentimiento nacionalista y liberal italiano, gracias al Statuto Albertino (carta otorgada de carácter liberal dada por Carlos Alberto al Piamonte). La derrota de los Saboya supuso la abdicación de Carlos Alberto en su hijo Víctor Manuel, el cual estaba decidido a llevar adelante los principios políticos y la idea unificadora de su padre.

3.4. EL REINO DEL PIAMONTE, PIEZA CLAVE DE LA UNIDAD ITALIANA

Los sucesos revolucionarios y el fracaso en la primera guerra de la unidad italiana contra Austria (1848-1849), durante la cual las tropas romanas abandonaron el campo de batalla dejando solos a los piamonteses frente a Austria, demostró la imposibilidad de una unidad italiana bajo el poder temporal del papa. El proyecto neoguelfo bajo el papa Pío IX quedó descartado, al igual que en 1853 la opción mazziniana. Frente a estas dos tendencias, opuestas entre sí, la casa de Saboya quedó como la única opción con capacidad de aglutinar y dirigir con éxito el movimiento nacionalista en Italia. El espíritu entre progresista y demócrata, republicano y revolucionario del *Risorgimento*, se tornó en moderado y monárquico como consecuencia del discurrir de los acontecimientos.

La casa de Saboya gobernaba los territorios de la Saboya francesa, el Piamonte italiano y la isla de Cerdeña desde el siglo XVIII. Carlos Alberto comprendió que el futuro de su dinastía estaba ineludiblemente unido a la suerte de la unidad italiana, camino que le llevaba a una guerra sin cuartel contra Austria. Su abdicación, como consecuencia de la derrota de Novara (1849), produjo la subida al trono de su hijo Víctor Manuel II.

La llegada del joven rey al trono de Turín supuso nuevos alicios para la causa nacional italiana, aunque en un primer momento sus actos decepcionaron al ser fruto de un fuerte realismo y sentido de la política: cuando la Cámara se negó a ratificar el Tratado de Viena que ponía fin a la guerra con Austria, el nuevo rey la disolvió y dio la proclamación de Moncalieri, especie de autogolpe de Estado, que marcó la línea en la que iba a desarrollarse su gobierno.

En estos primeros años de reinado de Víctor Manuel II, será ministro de Agricultura y Comercio Camilo Benso, conde de Cavour. La enfermedad del entonces jefe de gobierno D'Azeglio permitió a Cavour, en noviembre de 1852, formar su primer gabinete. Pronto realizó algunos cambios de índole interior, como la proclamación de una nueva legislación eclesiástica, procediendo a la modernización del Piamonte me-

dian­te la adop­ción de me­di­das eco­nó­mi­cas e in­dus­tri­ales acor­des con la re­vo­lu­ción in­dus­tri­al en que vivía Eu­ro­pa, que hi­cie­ron que sec­to­res de la bur­gue­sía y del mun­do del di­ne­ro vies­en en los Sa­bo­ya la in­sti­tu­ción con ca­pa­ci­dad para lle­var ade­lan­te no sólo la uni­dad po­lí­ti­ca si­no tam­bién la eco­nó­mi­ca del pa­ís.

Cavour era radicalmente antiaustríaco, pero con un fuerte sentido de la realidad, consciente de la dinámica de la política internacional de su tiempo, por lo que supo reunir alrededor de la monarquía liberal saboyana, moderna y nacionalista, las fuerzas dispersas partidarias de una Italia unificada: los nacionalistas italianos del Lombardo-Véneto encontraron protección y cobijo en el Piamonte, a pesar de las protestas de Viena. En 1856 creó la Società Nazionale, en la que aglutinó a todos los aventureros y revolucionarios de Italia. En ella había desde republicanos hasta liberales toscanos, desterrados venidos de Nápoles y Sicilia, incluso defensores de las libertades municipales. Líderes como Manin, La Farina o Garibaldi ingresaron en ella. Estas actuaciones lograron la extensión de la causa unificadora entre los diferentes grupos y movimientos existentes en Italia, convirtiendo así a los Saboya en la cabeza in­cuestionable de la causa italiana.

Sólo Pisacane, uno de los jefes históricos del republicanismo italiano, permaneció fiel al ideario mazziniano. En un último y desesperado intento, en julio de 1857, los partidarios del viejo espíritu de 1848 se lanzaron a una nueva insurrección que se cerró con un fracaso absoluto que demostró su incapacidad de forma incontestable.

3.5. LOS ACUERDOS ENTRE FRANCIA Y EL PIAMONTE: NAPOLEÓN III Y CAVOUR

Desde su llegada a la dirección del gobierno del Piamonte, Cavour comprendió la necesidad de convertir la cuestión italiana en un problema europeo; tenía que lograr que el reino de Piamonte se sentase en los foros internacionales de la época, entre las grandes potencias, para así poder plantear sus reivindicaciones ante aquellos que decidían la suerte del continente.

La oportunidad de lograr la carta de identidad como potencia continental para el Piamonte se produjo como consecuencia de la guerra de Crimea (1853-1856). El envío de un pequeño ejército, mandado por el general La Marmora, a combatir junto a franceses y británicos en el largo y sangriento asedio de Sebastopol, permitió a Cavour sentar al reino de Piamonte entre los vencedores durante la paz de París, y allí reivindicar el derecho de los italianos —representados por la casa de Saboya— a formar una sola nación.

Las palabras pronunciadas por Cavour fueron escuchadas con atención por Napoleón III, adalid de las causas nacionalistas, antiguo revolucionario y teórico valedor del viejo espíritu bonapartista. Luis Napoleón Bonaparte había subido a la presidencia de la República francesa el 10 de diciembre de 1848 como consecuencia de la revolución. El 9 de diciembre de 1850, mediante un golpe de Estado (el 18 de brumario de Luis Napoleón), había conservado el poder, para en diciembre de 1852 auto-proclamarse emperador con el nombre de Napoleón III. Desde su llegada al poder se había visto obligado a adoptar posturas moderadas —muy poco consecuentes con su pasado revolucionario—, entre las que destacaba su abierta política de protección de

los derechos temporales del papa, con el objetivo de ganarse el voto de los católicos franceses.

Francia quería ser potencia de primera fila, romper el viejo sistema del Congreso de Viena (sostenido por Austria, Rusia y Prusia), viendo Napoleón III en la causa italiana, dada su proclividad al aventurerismo político, un escenario adecuado para llevar adelante sus propósitos. El II Imperio francés era el aliado que necesitaban los Saboya para poder enfrentarse a los austríacos.

Napoleón III inicialmente no estaba totalmente decidido a intervenir en la cuestión italiana a favor de los Saboya, pues la presión de los católicos franceses a favor de los intereses del papa eran muy fuertes. Era cierto que Francia podía tener mucho que ganar si sus designios se realizaban, pero también era cierto que los riesgos eran muy grandes: el atentado que sufrió Napoleón de manos del mazziniano Orsini terminó por decidirle a favor de una alianza con los piemonteses (Napoleón en su juventud había militado en la filas de la revolución y el nacionalismo; el atentado le vino a recordar su obligación moral hacia sus viejos ideales). El 20 de febrero de 1858, Napoleón III hizo saber a Víctor Manuel II que, en caso de guerra austro-sarda, Francia intervendría a favor del Piemonte.

Francia y el Piemonte tenían una visión diferente de cómo debía ser la nueva Italia que surgiría de las cenizas del Imperio austríaco. En la Conferencia de Plombières (21 de julio de 1858) entre Napoleón III y Cavour, Francia prometió apoyar la causa de la unidad italiana. La necesidad por parte de Napoleón de contar con el apoyo de los sectores católicos de Francia, su propia visión de cómo debía redibujarse el mapa italiano, hacía difícilmente compatibles los proyectos de ambos aliados. Napoleón III y su ministro de Asuntos Exteriores, Walewski —una vez que éste se convenció de poner en un segundo término los intereses de los católicos franceses—, eran abiertamente partidarios de un determinado modelo de unidad italiana que chocaba frontalmente con las aspiraciones de Cavour.

Plombières vino teóricamente a armonizar los intereses de Francia y Piemonte en relación a la cuestión italiana, llegándose a trazar unas líneas comunes de actuación, objetivos y beneficios a conseguir.

Napoleón III proyectó un nuevo mapa político de Italia compuesto por una federación de cuatro reinos presidida por el papa. El Piemonte se anexionaría, a costa de Austria, la Lombardía y el Véneto, surgiendo así el que se llamaría reino de la Alta Italia. Nacería también un nuevo reino, el de la Italia Central, formado básicamente por el gran ducado de Toscana, junto a Parma y Módena. El papa conservaría su poder temporal en la zona de Roma, la Umbría y las Marcas. Siendo el cuarto reino de la federación la monarquía borbónica de las Dos Sicilias. A cambio del apoyo francés en la inevitable guerra con Austria, el Piemonte cedería a Francia Saboya y Niza. Italia, esperaba Napoleón III, se convertiría en un satélite de Francia.

El 28 de noviembre de 1859 se firmó la alianza entre Francia y los Saboya. Cavour procedió a la reorganización de las fuerzas armadas piemontesas. Creó una nueva unidad militar, los Cazadores de los Alpes, para que en ella se alistasen los antiguos mazzinianos llegados de toda Italia: su jefe era Garibaldi. Igual que en tiempos de la primera guerra de la Independencia, la bandera de los Saboya aglutinaría a todos los nacionalistas italianos en la lucha contra Austria.

Austria, como consecuencia del rearme piemontés, fruto de un error de cálculo de su diplomacia que pensaba que Francia había roto sus relaciones con los Saboya,

envió un ultimátum a Turín por el que exigía que en tres días procediese a desarmar a sus tropas. Cavour rechazó la demanda de Viena, a lo que ésta respondió el 23 de abril de 1859 con la declaración de guerra. Se iniciaba así la segunda guerra de la Independencia italiana.

3.6. LA SEGUNDA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ITALIANA

Los ejércitos del Piamonte y Francia contaban con unos 180.000 hombres, frente a 120.000 austríacos. El 20 de mayo de 1859, en Montebello se produjo la primera batalla de la guerra, zanjada con el triunfo de los piemonteses. Esta victoria supuso la apertura del camino a Milán. Se produjo un contraataque victorioso para los austríacos en Palestro, seguido de la indecisa batalla de Magenta (4 de junio de 1859). La batalla de Turbigo, que se decidió a favor de las tropas del mariscal francés MacMahon, supuso la retirada de las tropas austríacas al cuadrilátero defensivo formado por las fortalezas de Pescara, Leñano, Verona y Mantua, que cerraban el paso al Véneto. Quedaba así toda la Lombardía en manos piemontesas. Garibaldi, por su parte, vencía en las batallas de Varese y San Fermo.

Las tropas de Víctor Manuel II intentaron entrar en la región del Véneto, venciendo a los austríacos en la decisiva y sangrienta batalla de Solferino (24 de junio de 1859) —con más de 40.000 bajas—, que supuso la consolidación de los intereses de la casa de Saboya en el norte de Italia, aunque sin lograr expulsar a los austríacos del Véneto.

Como consecuencia del éxito de esta campaña militar, se produjeron una serie de importantes cambios en otras regiones de Italia. En Florencia, el duque Leopoldo se vio obligado a huir, abandonando la ciudad por causa de los grupos nacionalistas toscanos que crearon un gobierno provisional bajo la dirección del pro-piemontés Ricasoli. Igual suerte corrieron los duques de Módena y Parma. Produciéndose sublevaciones en los territorios papales de la Romaña y las Legaciones. Toda Italia vibraba a favor de la unidad encarnada en los Saboya.

El proyecto de Napoleón III de crear una federación de cuatro reinos en Italia, bajo la autoridad del papa y la protección de Francia, se vino abajo casi desde el inicio de la guerra. Los cambios inesperados en la política italiana, unidos a las protestas de grupos católicos franceses por la suerte que podían correr los intereses temporales de Pío IX, provocaron que Napoleón III y Francisco José de Austria acordasen un armisticio el 8-12 de julio de 1859 en Villafranca, seguido de la paz de Zurich en noviembre del mismo año.

Austria y Francia pusieron fin a la guerra sin contar con el Piamonte: Napoleón temía que la guerra degenerase en un proceso de unidad, como los acontecimientos estaban demostrando, que quedara fuera de su control. Viena entregó a Napoleón III la Lombardía a cambio de la paz. Cavour dimitió en enero de 1860 —siendo sustituido por Ratazzi— al aceptar Víctor Manuel II la Lombardía de manos de Francia a cambio de permitir que fuesen restablecidos en su tronos los duques, el papa recobrase el control temporal sobre su Estado y poner fin a las hostilidades: pero las asambleas constituyentes de Parma, Módena, Romaña y Toscana eligieron como rey a Víctor Manuel II, decisión refrendada por los respectivos plebiscitos populares. Cavour, que había regresado al frente del gobierno, logró que Napoleón III, frustrado en sus

intenciones respecto a Italia, aceptase el nuevo estado de cosas a cambio de obtener la cesión de Niza y Saboya, en el Tratado de Turín de 1860: Garibaldi y sus seguidores estuvieron a punto de romper para siempre con la casa de Saboya al entender que se estaba cediendo territorio nacional italiano.

A finales de 1859, tres territorios de Italia aún no estaban bajo la soberanía de la casa de Saboya: el Véneto, que permanecía bajo soberanía austríaca, los Estados papales, y el reino de las Dos Sicilias.

3.7. LA GUERRA DE ANEXIÓN DEL REINO DE LAS DOS SICILIAS

La victoria parcial, sumada a la entrega de Niza y Saboya a Francia, provocó que los sectores más radicales e intransigentes del nacionalismo italiano existente en el Piemonte formasen el Partido de la Acción, liderado por Garibaldi, que demandaban un solo gobierno para toda Italia bajo Víctor Manuel II.

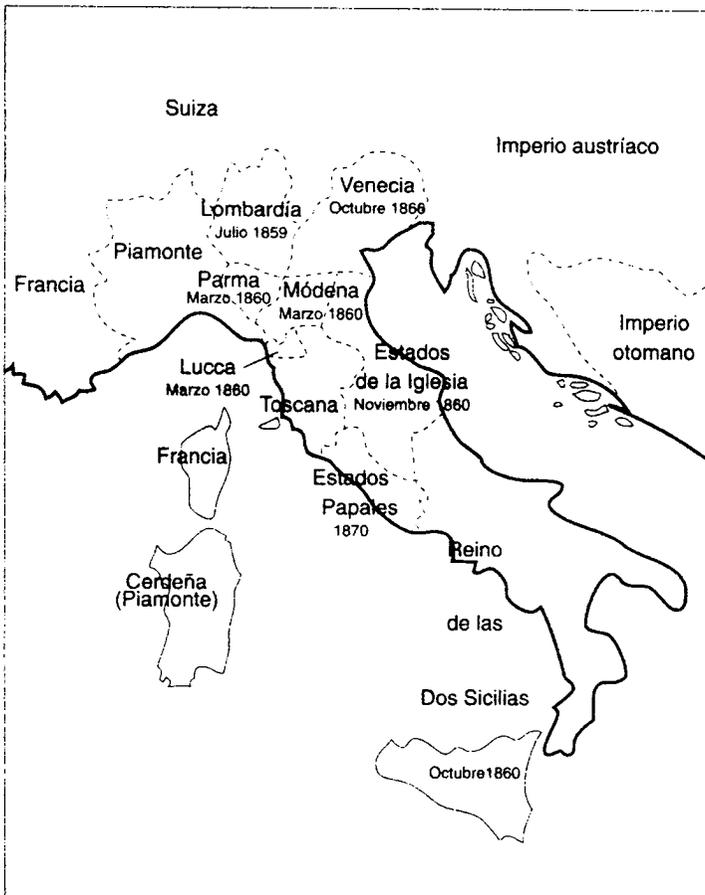
Al margen de los planes que desarrollaba Cavour, dentro de la delicada política internacional de la época, los miembros del Partido de la Acción prepararon un desembarco en Sicilia, con la excusa de la revuelta antidinástica existente en la isla, con el fin de lograr la conquista de la isla para los Saboya.

Garibaldi, que había dimitido de su grado de general, reagrupó a sus voluntarios, los *I Mille*, entre los que estaban Francesco Crispi (futuro primer ministro de Italia) y Nino Bixio. Estaba muy descontento por la cesión de Niza —su tierra natal— a Francia, y por el callejón sin salida que eran los acuerdos de Villafranca. Estaba decidido a tomar cualquier iniciativa, incluso, como así fue, al margen del propio Cavour.

En Nápoles, Francisco II era ya un rey fantasma. Hacía ya mucho tiempo, casi cinco años, que sus recaudadores de impuestos y sus funcionarios eran encontrados muertos. Sólo algunos aristócratas —como los príncipes Lampedusa (abuelo del autor de *El Gatopardo*) y Alliata, el duque Paterno di Carcari, los barones Tasca, La Motta y Cammerata—, envejecidos al servicio de los Borbones, seguían declarándose absolutamente fieles por temor a perder los privilegios que disfrutaban. Era el final de una época. Incluso jóvenes aristócratas como Tancredi di Lampedusa, sobrino del príncipe, veían en los Saboya y en Garibaldi el futuro de la península italiana. Por toda Italia se cantaba la *Marsellesa* y el *Coro de los esclavos de Nabucco* de Verdi. El grito de «Viva Verdi» significaba «Viva Víctor Manuel, rey de Italia».

El 11 de mayo de 1860, después de una breve escala en Porto San Stefano, en la Toscana, la minúscula escuadra de Garibaldi (compuesta por tres navíos de poco calado con sus «1.000 camisas rojas») echó el ancla en Marsala, a veinte kilómetros de la fortaleza borbónica de Calatafimi. A esta pequeña fuerza se sumaron tres mil voluntarios sicilianos mandados por La Masa, entre ellos unos cincuenta jóvenes aristócratas a caballo. Después de ocupar Castellamare, y pasar a cuchillo a los soldados napolitanos, Garibaldi avanzó sobre Palermo, donde entró el 27 de marzo con apoyo de la población civil que se había alzado contra los 12.000 napolitanos de la guarnición. Allí estableció un gobierno provisional, una dictadura, en nombre de Víctor Manuel II. Poco después volvía a derrotar a los realistas en Milazzo (20 de julio). Sicilia estaba en su poder.

Los partidarios de Francisco II huyeron, siendo sus propiedades subastadas: los únicos compradores fueron los *zii* (jefes de la mafia) sicilianos, que veían en la casa



La unificación de Italia, 1859-1870

de Saboya una buena oportunidad de consolidar su poder. Turín estaba muy lejos, más que Nápoles, y allí sicilianos como Francesco Crispi —que llegaría a ministro de Víctor Manuel— amparaban sus intereses.

Cavour intentó que Garibaldi devolviese lo conquistado por temor a la respuesta de Francia: envió a La Farina a Sicilia, siendo sus peticiones ignoradas. Los temores de Napoleón III quedaron aplacados por los británicos: entre los soldados garibaldinos había, casualmente, una legión de voluntarios británicos.

En julio caía Messina, toda Sicilia estaba en poder de los garibaldinos. Un referéndum legalizó la unión de Sicilia al Piamonte: el 97 % de los votos fue afirmativo.

El 19 de agosto de 1860, la división de Nino Bixio desembarcó en Melito. El 7 de septiembre Garibaldi entraba en Nápoles para rápidamente lanzarse contra Roma. Los restos del ejército napolitano le hicieron frente en Volturno, siendo vendidos a un alto precio que retrasó el avance sobre Roma, ocupando luego únicamente Ancona.

Garibaldi, una vez liquidado el reino de Nápoles, quería ocupar Calabria y entregar a Víctor Manuel II la ciudad de Roma y terminar con el poder papal de una vez por todas.

En Turín se temían las consecuencias que podría tener la caída de Roma: la reacción de Austria, España, Portugal y Francia.

Una inesperada sublevación en los territorios papales de las Marcas y en la Umbría propició la entrada de las tropas piemontesas en los territorios del papa con el propio Víctor Manuel II a la cabeza. Las tropas pontificias fueron derrotadas en Castelfiardo por los piemonteses. Las tropas de Víctor Manuel II y los garibaldinos se unieron el 8 de noviembre, entregando Garibaldi el sur de Italia a Víctor Manuel II en la entrevista de Teano. Un nuevo plebiscito ratificó poco después la anexión de las Dos Sicilias y de los territorios papales de Umbría y las Marcas al Piemonte. En 18 de febrero de 1861 caía Gaeta, poniéndose así fin a la resistencia de los Borbones en Nápoles.

Los nuevos triunfos, que superaban con creces los objetivos anteriores a la guerra de 1859, llevaron a Cavour a convocar elecciones generales. Nació así una Cámara compuesta por 433 diputados próximos a las tesis de Cavour, 80 garibaldinos y un número similar de conservadores clericales. En la primera sesión de la nueva Cámara se proclamó el nacimiento del reino de Italia. En marzo de 1861 era proclamado Víctor Manuel II rey de Italia. El reconocimiento por parte de las potencias, con la salvedad de Austria, no se hizo esperar. Sólo la cuestión de Roma y la del Véneto quedaban aún pendientes por realizarse dentro de los viejos sueños del *Risorgimento*.

En junio de 1861 moría Cavour, dejando un vacío de poder difícil de llenar: sus sucesores —primero Benito Ricasoli, seguido de uno de los más estrechos colaboradores de Cavour, Urbano Ratazzi— continuaron, como jefes de gobierno de Víctor Manuel II, la obra de unificación ya tan avanzada.

Los sueños mazzinianos de una Italia unida, liberal, democrática y republicana desaparecían ante la realidad encarnada en la casa de Saboya. La hora de la conquista de Roma aún no había llegado y la credibilidad del Piemonte se encontraba entre la espada y la pared. Una Italia unida, liberal, monárquica y conservadora quedaba ya claramente dibujada en un próximo horizonte.

El activismo de Garibaldi no tenía límites; tras renunciar a una propuesta de Abraham Lincoln para ser el jefe del ejército de la Unión, en 1862, al grito de «*Roma o muerte*», volvía a intentar la conquista de Roma. Las protestas de Napoleón III no se hicieron esperar, dada la pasividad de las tropas del Piemonte. La presión francesa obligó al entonces jefe de gobierno Ratazzi a ordenar a un ejército al mando de Cialdini cortar el paso a Garibaldi en su camino hacia la ciudad eterna. El general Bixio, antiguo lugarteniente de Garibaldi, ahora al servicio del Piemonte, situó sus tropas en las alturas de Aspromonte (1862), cortándole el camino a Roma. Garibaldi confiaba en que no se atreverían a disparar contra él. Se engañaba. Fue una escaramuza, más que una batalla, zanjada con diez muertos, siendo el propio Garibaldi herido y hecho prisionero. Estos acontecimientos provocaron la caída del gobierno Ratazzi a manos del propio Víctor Manuel II.

El gobierno de Minghetti intentó solventar la cuestión romana mediante la negociación directa con Napoleón III: su propuesta consistía en que Francia retirase las tropas que protegían al papa, bajo la condición de que el reino de Italia se comprometiera a respetar y defender los Estados Pontificios, haciéndose cargo de sus deudas.

En una cláusula secreta se señalaba que el reino de Italia buscaría otra capital distinta de Turín, y ésta no sería Roma.

El intento de poner la capital en Nápoles provocó una sublevación en Turín, que supuso la caída del gobierno Minghetti, siendo sustituido por un gabinete presidido por el general La Marmora, que trasladó la capital de Turín a Florencia.

Por la convención de septiembre de 1864 entre Francia e Italia, los franceses se retiraban de Roma gracias al firme compromiso de los Saboya de respetar los derechos temporales del papa.

En 1867, Garibaldi intentó nuevamente la conquista de Roma. El rápido desembarco de tropas francesas —ante la pasividad de los soldados italianos— hizo posible su derrota en Mentana. Fue desterrado por los piemonteses a Caprera, aunque salió de ella para volver a sentarse en el Parlamento italiano y ver la unidad de Italia. Murió en 1882. Sus seguidores, los garibaldinos, continuaron como una banda itinerante de luchadores al servicio de la grandes causas nacionales y de la libertad: en Grecia, Francia, Polonia, e incluso en la guerra de los bóers en África del Sur.

3.8. LA TERCERA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA Y LA CONQUISTA DE ROMA

El mundo germánico se debatía ante el problema de su unidad. La crisis de los ducados daneses había acentuado las tensiones entre Prusia y Austria, siendo previsible un choque armado entre ambas naciones germanas. La Marmora, comprendiendo que sólo con apoyo exterior podría Italia vencer a Austria, inició las gestiones diplomáticas para aproximarse a Prusia. Con el consentimiento de Napoleón III firmó un acuerdo comercial con el *Zollverein*, y una alianza defensiva entre Prusia e Italia ante una más que previsible guerra entre Prusia y Austria.

La repentina decisión de Austria de ceder el Véneto a Italia a cambio de su neutralidad, tuvo que ser rechazada al ya haberse firmado el tratado defensivo con Prusia, junto al hecho de aspirar Italia a la zona de Trento (territorio que Bismarck, futuro árbitro de la política continental, consideraba como alemán) sin saber que estos deseos no se cumplirían.

El 21 de junio 1866, Austria y Prusia rompían hostilidades. Italia entraba en guerra al lado de Prusia con una deficiente preparación militar. Las derrotas de Custozza y Lissa colocaron en muy mala situación el futuro de la guerra en el frente italiano. Sólo la victoria total de Prusia sobre Austria en Königgrätz salvó la situación, junto a algunos éxitos de Garibaldi en el Tirol. La paz de Praga entre Prusia y Austria, y la de Viena entre Austria e Italia, pusieron fin a la guerra austro-prusiana, conocida por los italianos como tercera guerra de la Independencia.

Como consecuencia de la derrota Austria cedió a Francia el Véneto, y ésta, tras un plebiscito, lo transfirió a Italia. Víctor Manuel II se vio obligado a renunciar a la única conquista realizada en la guerra, el Tirol. A pesar de la obtención del Véneto, y el reconocimiento del reino de Italia por los austríacos, el saldo de la guerra se consideró como un fracaso, dado su excesivo coste y la crisis de confianza que se produjo en relación con el ejército italiano e incluso hacia el propio rey.

En plena crisis se produjo un levantamiento en Palermo al grito de «¡Viva Francisco II!», aumentaron las acciones del *brigantaggio* proborbónico en Sicilia y en el

Mesorgiorno, lo que obligó al gobierno de Turín a acantonar en la zona a una considerable fuerza, entre noventa y ciento veinte mil hombres. El apego a la autoridad tradicional, la defensa de la Iglesia católica y sus intereses, unido al odio hacia los conquistadores piamonteses, fueron las causas de este estado de insurrección.

Los napolitanos, buena parte de la población del sur, no querían un gobierno mejor que el que habían tenido bajo los Borbones; lo que deseaban era un Estado que gobernase menos. La doctrina y el modelo de Estado centralista que estaban imponiendo los gobiernos de Víctor Manuel II era, precisamente, lo contrario a sus deseos.

La nueva insurrección cogió al gobierno desprevenido, siendo enviado a someterla al general Cardona, el cual logró controlar esta revuelta encabezada por la Iglesia y grupos de la aristocracia sureña proborbónica.

En 1867, las tensiones entre el papa y el gobierno de Turín facilitaron una nueva intentona de Garibaldi de conquistar Roma: aspiraba provocar una revuelta de los campesinos contra el poder temporal de Pío IX, la cual no se produjo ya que éstos no querían ser liberados del gobierno papal. Tropas francesas desembarcaron en Civitavecchia, derrotando a los garibaldinos en la batalla de Mentana (1867). La nueva derrota produjo la definitiva caída de Ratazzi, que fue sustituido por el general Menabrea.

El papa entendía que para garantizar la independencia espiritual del Pontificado resultaba imprescindible la existencia de un Estado temporal, afirmando que los juramentos prestados al tomar la mitra papal impedían la entrega de los mismos sin faltar gravemente a lo jurado. Cavour ofreció al papa la renuncia a las regalías a cambio de sus dominios temporales sin lograr entablar negociación alguna.

La condena expresa del papa Pío IX del liberalismo en sus encíclicas *Quanta Cura* y *Syllabus* produjo una revitalización del pleito Iglesia-Estado en Italia por la cuestión de Roma. Ya el Estatuto Real reconocía a la religión católica como la oficial del Estado, pero sectores importantes del *Risorgimento* —hombres como Mazzini o Garibaldi— entendían como incompatibles los intereses temporales de la Iglesia en Italia con la inevitable unidad nacional.

En 1870 Francia, al borde de una guerra con Prusia, retirará su guarnición de Roma. La derrota del II Imperio francés en Sedán propició la declaración del 29 de agosto de 1870, en la que el gobierno italiano manifestaba su voluntad de ocupar la ahora indefensa ciudad de Roma. El nuevo gabinete Lanza tomó la ciudad sin apenas resistencia.

El 9 de septiembre de 1870 las tropas italianas iniciaron la conquista de Roma. Seis días después se rendía Civitavecchia. El día 20 el general Pelloux bombardeaba las murallas de Roma. En esos momentos estaban reunidos en la ciudad todos los obispos del mundo, por estar celebrándose el Concilio Vaticano I, que tuvo que ser aplazado. Unos meses después el gobierno italiano aprobó la Ley de Garantías, del 13 de marzo de 1871, para regular las relaciones del papa con el reino de Italia. El papa excomulgó a los conquistadores de Roma, prohibió a los católicos participar en la vida política italiana, orden que permaneció en vigor por cuatro décadas. Comenzaba un largo período de autoconfinamiento de los papas en el Vaticano, situación que se prolongó hasta los acuerdos de 1929 con la Italia fascista de Mussolini.

El 9 de octubre de 1870 un plebiscito ratificaba la anexión a Italia del Lacio. El 1 de agosto de 1871, Roma se convertía en la capital de la ya totalmente unificada Italia. Sólo quedaba fuera del sueño de unidad los territorios irredentos del Trentino y Tirol, así como Trieste en la costa dalmata.

4. La unificación de Alemania

4.1. EL NACIONALISMO EN ALEMANIA

El mundo de habla alemana había sido conscientemente fraccionado por las grandes potencias durante la edad moderna. El ciclo bélico napoleónico había provocado la germinación de las ideas nacionales en Alemania, tanto entre los que habían luchado contra Napoleón, como entre los francófilos, decepcionados por las palabras vacías del emperador respecto al futuro de Alemania. En ambos grupos surgió un sentimiento nacional genuinamente alemán que poco a poco había de resultar irrefrenable.

Fichte, en sus *Discursos a la nación alemana* (Berlín, 1807), hablaba de cómo Alemania había conservado en su lengua toda su pureza primitiva, cómo su vida intelectual era sana, y su alma ingenua y formal, para luego reclamar un Estado independiente en el que poner la ciencia en su verdadero lugar, aunque no estimaba necesario la unidad territorial, pues miraba como ejemplo historicista e idealizado al mundo griego clásico.

Pensadores dentro del campo de la filosofía de la historia como el propio Fichte, Hegel o Ranke, se convirtieron en los inspiradores de un movimiento intelectual que en las universidades, entre la juventud de los gimnasios, fue cobrando fuerza, dispuesto a lograr la unidad del mundo alemán. El recuerdo del pasado, la exaltación de las catedrales y viejas pinturas góticas, que era cantado por Görres y los hermanos Boisserée, la publicación de las viejas leyendas, resultarán fundamentales para el «nacimiento» de una cultura, de un ideal de nación que sumergirá sus raíces en el alma de un pueblo dotado de identidad propia.

En un principio fueron grupos muy minoritarios los que hablarán de un Estado alemán unificado, no como un mero instrumento de dominio, sino como la expresión viva del alma de un pueblo y único camino para su completo desarrollo. Entre ellos había figuras tan destacadas como la de Stein, miembro de la vieja nobleza imperial, Hardenberg, Humboldt, Scharnhorst o Gneisenau. Este pensamiento, que poco a poco se iba extendiendo a otras capas de la población, llegó a ser un sentimiento arraigado en el alma de muchos alemanes. El pensamiento romántico, su vocación idealista, la idea de la justicia de esta causa en unión a la creencia de una superioridad moral de Alemania y de los alemanes, se había de convertir en el motor de la unidad.

El segundo romanticismo, el de Heidelberg, aportará la reflexión nacional alemana sobre algo inestimable y básico, el *Volk*, el pueblo, base de una idea nacional que girará en torno a una idea comunitaria, primigenia, de superioridad, que con el paso del tiempo se deformará hasta caer en un racismo intransigente.

Entre los nacionalistas alemanes existían discrepancias sobre el modelo de unidad al que se debía llegar:

— Los conservadores querían una confederación de Estados en la que no se atentase contra los derechos de los soberanos.

— Los liberales querían un Estado federal, a cuya cabeza habría un emperador, pero permitiendo la pervivencia de las otras casas reinantes, aunque todas supeditadas y restringidos sus poderes ante el nuevo emperador.

— Los demócratas querían barrer a los príncipes, hacer desaparecer todos los vestigios de la vieja Alemania, y para conseguirlo eran partidarios del camino de la revolución. Este nacionalismo no sólo quería la unidad política, sino que aspiraba a integrar en la nueva Alemania aquellos territorios en los que existía población alemana sometida a la dominación extranjera, siendo partidarios de una política de fuerza, de voluntad de poder, estando sus primeras exigencias relacionadas con la población de los ducados daneses.

La unidad aduanera y el ferrocarril fueron elementos esenciales para el desarrollo del espíritu alemán. La existencia de una unión aduanera —el *Zollverein*— que agrupaba a más de 26 millones de alemanes, en unión a la extensión constante de la red ferroviaria, generaban que el pensamiento librecambista y el de las ideas de unidad política fueran poco a poco abriéndose paso en el mundo alemán. El *Zollverein*, bajo el liderazgo prusiano, comenzaba a mostrar las ventajas de la colaboración y generaba unas formas de relación que convertía a la unidad política como algo deseable y cada vez más esperado por muchos.

Estas corrientes de pensamiento necesitaban un instrumento que las convirtiese en realidad. Los príncipes y la vieja aristocracia luchaban con éxito para mantener sus viejos privilegios feudales. La burguesía carecía de la fuerza necesaria para llevar adelante la unidad. Los sectores más radicales y revolucionarios no tenían un fuerte apoyo popular y carecían de organización (su capacidad de actuación era infinitamente inferior a la que tenían los mazzinianos en Italia). Alemania, al igual que en el caso de Italia, necesitaba un paladín que se erigiese en defensor de la causa nacional; éste sería el reino de Prusia.

4.2. LA REVOLUCIÓN DE 1848 EN ALEMANIA

En marzo de 1848 se extendieron por toda Alemania las noticias de los sucesos de Francia y el levantamiento ocurrido en Viena, lo que favoreció la proliferación de asambleas públicas en las que se entremezclaban las reivindicaciones de la burguesía liberal, campesinado y pequeños grupos de proletariado urbano.

La revuelta se inició en el campo, dirigida contra las cargas señoriales y la división de los bienes comunales, con un cierto porcentaje de antisemitismo, logrando algunas reformas y mejoras, como la supresión de los cánones y de las prescripciones personales.

Numéricamente inferiores a la población rural, la mayor importancia la tuvieron los movimientos urbanos que se produjeron especialmente en las ciudades del sur. Pedían libertad de prensa y de asociación, creación de una guardia nacional, formación de asambleas elegidas por sufragio amplio masculino, que fuesen representación de los ciudadanos y no de los viejos órdenes (estamentos), aunque sin llegar a cuestionar el carácter monárquico de las instituciones y de los gobiernos.

Estos movimientos sólo pusieron en peligro a las viejas instituciones monárquicas en Baviera, donde el anciano Luis I vivía una turbulenta historia de amor con la bailarina española Lola Montes, que le obligaría a abdicar en su hijo Maximiliano (20 de marzo de 1848). Hubo algunas revueltas de voluntarios demócratas en Kandern y en Alsacia (en abril) que fueron sometidas por tropas de Baden sin grandes problemas.

El 5 de marzo de 1848 se reunieron en Heidelberg, a título particular, 51 representantes liberales de varios Estados de Alemania del sur, que convocaron para finales de aquel mismo mes, en Frankfurt, a los diputados de los diferentes Estados alemanes con el fin de propiciar el nacimiento de un Estado federal en Alemania.

Entre el 31 de marzo y el 2 de abril se reunió en Frankfurt un Parlamento Previo que aspiraba a representar a todos los alemanes por encima del Estado al que perteneciesen. Tenía una composición muy variada, aunque predominaban los alemanes del sur y del oeste.

El 18 de mayo se produjo la apertura de la Asamblea Nacional Constituyente en la iglesia de San Pablo de Frankfurt. Entre los 831 diputados sólo había cuatro artesanos y ningún campesino; una mayoría aplastante de burgueses. Fue elegido como presidente Heinrich von Gagern, que sin consultar a los príncipes alemanes nombró regente del Imperio a Juan de Habsburgo, y procedió a formar un gobierno provisional.

Entre los allí reunidos el sentimiento más extendido era el de no realizar ninguna actuación contraria a los derechos de las monarquías reinantes. Este grupo mayoritario y moderado deseaba reformar el viejo sistema de las monarquías burocráticas y militaristas hacia un modelo liberal, pero de una forma gradual, con el consentimiento de los príncipes; muchos de ellos aspiraban a que Prusia se hiciese con el liderazgo de Alemania. Sólo un grupo minoritario y radical pretendía convertir Alemania en una república federal similar a Estados Unidos, pasando sobre el cadáver de los derechos de reyes y príncipes en beneficio de la soberanía popular.

El control de la Asamblea lo logró el sector mayoritario, los liberales moderados, primando entre ellos la idea de eliminar los particularismos en favor de un solo Reich unitario.

La Asamblea de Frankfurt siempre careció de verdadera fuerza, pues a pesar del gran prestigio moral que consiguió en toda Alemania, no se preocupó —ni pudo— por despojar de su fuerza militar y política a los diferentes Estados de Alemania, con lo que nunca tuvo capacidad real para llevar adelante sus proyectos. Esta carencia de medios de actuación se puso especialmente de manifiesto en las cuestiones internacionales. La Asamblea se erigió en defensora de Alemania y de sus intereses: decidió la anexión de Posnania a Prusia, defendió la conservación del Tirol del sur dentro del mundo alemán, y protestó por las ideas paneslavistas en Bohemia; pero en el momento de defender con hechos su ideas se vio siempre obligada a entregarse en manos de alguno de los grandes Estados alemanes. Hecho que quedó especialmente evidenciado en la cuestión de los ducados.

La labor legislativa y organizativa de la Asamblea de Frankfurt fue muy importante. A finales de octubre de 1848, la Asamblea de Frankfurt, por fuerte mayoría, aprobó que «ninguna parte del Reich alemán puede formar un Estado con países no alemanes», y «si un país alemán tiene el mismo soberano que otros países, la relación entre esos países sólo puede regularse mediante una unión personal». Esta actitud chocaba con los deseos austríacos de integrar todos los territorios de los Habsburgo en la nueva Alemania, lo que supondría su control por Viena.

El 27 de marzo de 1849 la Asamblea aprobó la Constitución Imperial alemana, en la que quedaron reflejados los derechos fundamentales del pueblo alemán; se aprobó la existencia de un emperador, que compartirá el gobierno con el Reichstag (Parlamento) bicameral: la primera elegida por sufragio universal; la segunda integrada por representantes de los Estados alemanes.



La Confederación Germánica entre 1815 y 1866

En estos momentos existían los siguientes grupos políticos en el nuevo Parlamento: a) derecha conservadora: federalista y partidaria de una monarquía constitucional; b) centro liberal, dividido en dos facciones: los constitucionalistas y federalistas, y los constitucionalistas y unitarios; c) izquierda democrática: centralistas y republicanos.

Además, existían dos grandes corrientes de opinión en el Parlamento de Frankfurt respecto a qué territorios debían integrar la nueva Alemania: liberales y protestantes eran partidarios de una «Pequeña Alemania» consistente en una estrecha federación bajo control prusiano; conservadores, católicos y demócratas defendían la «Gran Alemania», en la que estarían incluidos todos los territorios no germánicos de los Habsburgo, surgiendo una *mitteleuropa* de 70 millones de habitantes.

Se impuso la tesis de la «Pequeña Alemania», siendo ofrecido el trono imperial, reconvertido en hereditario, después de una votación de 276 contra 263, a Federico Guillermo IV de Prusia, el cual lo rechazó al no tener el asentimiento de los otros monarcas de Alemania, pero también movido por su deseo de que no desapareciese la identidad prusiana en el sueño vacío de una nueva Alemania liberal.

Esta negativa por parte del rey de Prusia dejó sin argumentos al grupo moderado dentro del Parlamento de Frankfurt, quedando el espíritu de la revolución y la unidad en manos de los demócratas, que provocarían un segundo estallido revolucionario, con la intención de imponer sus ideas, en abril de 1849, infinitamente más cruento que el de marzo de 1848.

La retirada de los diputados austríacos y prusianos del Parlamento de Frankfurt supuso el fin de éste: se vio obligado a pasar a Stuttgart, donde finalmente el gobierno wurtembergués le prohibió reunirse. Los grupos más radicales se lanzaron a la calle para defender una Constitución del Reich con la que antes no estaban de acuerdo. En numerosos territorios se produjeron rebeliones armadas que fueron sometidas por la fuerza. Las tropas de Prusia y Austria, liderando a las otras monarquías alemanas, impusieron la paz. La burguesía, temerosa de los demócratas y sus ideas, y de unas clases populares que se estaban ya impregnando de socialismo, renunció al sueño de una Alemania unida y liberal para pactar con los monarcas y las clases conservadoras: olvidaron sus sueños constitucionales y de unidad a cambio de la paz social.

Como señala J. Droz, más que hablar de la revolución alemana de 1848-1849, habría que hablar de revoluciones: el movimiento se desarrolló en el marco de los Estados territoriales; y a pesar de referirse a la idea nacional y de reunirse una asamblea general de todos los alemanes en Frankfurt, la falta de una capital y de unos instrumentos de poder determinó la inviabilidad del proyecto. Víctima de la supervivencia de los particularismos, la revolución lo fue también de las contradicciones de las estructuras sociales; dirigida por una burguesía ansiosa de la formación de un gran Estado unitario y de un régimen constitucional, tuvo un carácter nacional y liberal; pero mientras que sus líderes se hubieran contentado con las reformas de las instituciones en el marco de los Estados existentes, se produjo un alzamiento democrático, primero tímido pero paulatinamente mayor a medida que la burguesía comenzó a abstenerse, lo que propició la aparición de fuerzas moderadoras e incluso reaccionarias. Cuando el Parlamento de Frankfurt, expresión de las esperanzas de la burguesía, tuvo que admitir su fracaso, durante la primavera de 1849 se desarrolló una «segunda revolución» que la fuerza de las dos grandes potencias alemanas (Austria y Prusia) con-

siguió dominar fácilmente. La nación alemana había fracasado en su intento de elaborar, por sí misma y pacíficamente, un Estado-nación liberal y unitario.

La revolución estuvo condenada al fracaso desde su inicio ante las diferencias de criterios y objetivos que enfrentaban a los dos grupos más destacados: los progresistas (moderados) y los demócratas (radicales). En este clima, Prusia ansiaba con tomar el liderazgo del movimiento unitario que se extendía por toda Alemania; el problema era cómo lograrlo.

4.3. LA REVOLUCIÓN EN PRUSIA

El 3 de marzo en Colonia había estallado una revuelta encabezada por la Liga de los comunistas. En el propio Berlín, tradicionalmente fiel a la dinastía, existía mucho descontento contra el trono y muy especialmente contra el príncipe Guillermo, siendo la situación muy inestable. Entre el 5 y 18 de marzo se alzaron barricadas y se produjeron los primeros brotes de violencia. La burguesía se unió a las protestas populares contra la monarquía.

Federico Guillermo IV, debido a la presión popular, convocó un Parlamento constituyente para el 2 de abril de 1848. El pueblo en las calles exigió el acuartelamiento de las tropas, la formación de una milicia popular, la libertad de prensa y de asociación.

El enfrentamiento de grupos de población con unidades del ejército durante una manifestación ante palacio (hubo más de 200 muertos, casi todos estudiantes y artesanos) llevó al rey a hacer todo tipo de concesiones. Como consecuencia de estos sucesos, el 19 de marzo Federico Guillermo IV daba orden de evacuación a las tropas de Berlín, participaba en un acto de homenaje a los muertos, prometía la elaboración de una Constitución y proclamaba su voluntad de hacer todo lo posible por lograr la unidad de Alemania. El rey fue humillado por la turbas, pero éstas, carentes de dirección propia, cayeron bajo el control de la burguesía renana que, temerosa de la revolución, propició un programa de compromiso con la corona. La creación del llamado «ministerio renano» liberal dirigido por Camphausen, permitió legalizar y encauzar la revolución, calmar a las masas.

En Berlín, como consecuencia de las jornadas de marzo, se vivía un ambiente de tensión entre los diversos grupos sociales. La intervención antipolaca en Posen del ejército prusiano había enfrentado a los demócratas (partidarios de un Estado polaco independiente de Alemania y de Rusia) con los liberales, partidarios de apoyar la expansión prusiana hacia el este, es decir, los intereses germánicos.

Las elecciones a la Asamblea Nacional prusiana habían sido abiertamente favorables a los demócratas, a diferencia de lo que había ocurrido en Frankfurt. El fracaso de los liberales moderados y la fuerza creciente que tomaban los sectores de la izquierda más radical forzaron a las clases conservadoras a organizarse. Sólo la división y enfrentamiento entre los grupos de izquierda en Berlín logró impedir su triunfo. El rey Federico Guillermo IV, que hasta poco antes se había mostrado temeroso de tomar cualquier iniciativa, vista la fuerte y exitosa represión que en Viena se estaba realizando contra los revolucionarios, se decidió a imitar el ejemplo de Austria (el 31 de octubre el mariscal Windischgraetz había ocupado Viena; Francisco José se había sentado en el trono imperial en lugar del incapaz Fernando; el príncipe Schwarzenberg

era el nuevo hombre fuerte en el Imperio de los Habsburgo). El 1 de noviembre, Von Manteuffel —ministro del Interior del nuevo gabinete presidido por el conde de Brandemburgo— impuso el orden por la fuerza y la Asamblea Nacional prusiana fue disuelta el 5 de diciembre 1848.

A pesar de haber terminado exitosamente con cualquier vestigio de revolución, en Prusia no se volvió a restablecer el Antiguo Régimen. El rey otorgó una Constitución muy moderada que, paradójicamente, molestó a los más conservadores, lo que sirvió para que liberales e incluso demócratas se mostrasen de acuerdo con la nueva situación. El Estado prusiano, reforzado por la nueva Constitución, parecía ahora más que nunca contrario a diluirse en los sueños de una Alemania unificada. La revolución, tanto en Berlín como en Viena, había sido vencida.

4.4. EL GOBIERNO DE PRUSIA DESPUÉS DE 1848

Prusia era la menos poderosa de todas las grandes potencias que habían vencido a Napoleón. La ola revolucionaria de 1848 había forzado a su rey a aceptar el nacimiento de un Parlamento prusiano, aunque éste quedó vacío de poder, lo que permitía a la corona y al gobierno de Otto von Manteuffel controlar el Estado.

Este gobierno se caracterizó, a pesar de su apariencia moderada, por su talante inflexible, burocrático y contrario al espíritu liberal. Esta situación se producía en unos años de crecimiento y bonanza económica fruto de la exitosa revolución industrial que se extendía por toda Alemania.

En medio de este estado de cosas se produjo el enfrentamiento en el Parlamento prusiano entre el grupo renano de industriales y hombres de negocios, que aspiraban al control del gobierno, y el sector militarista aristocrático y de los *junkers*. La crisis surgió al negarse el Parlamento a aprobar nuevas partidas de dinero para el ejército. El rey Guillermo I, que había subido al trono en 1861 (era regente desde de 1852 por enfermedad mental de su hermano Federico Guillermo IV) nombró canciller a Bismarck, como sistema para impedir la crisis e imponer sus criterios en 1862.

Otto von Bismarck pertenecía a una familia aristocrática de *junkers* de Brandemburgo. Estaba educado en los tradicionales valores de lealtad, honestidad, fiereza, y patriotismo propios de una estirpe de soldados aristócratas que descendían de los viejos caballeros teutónicos. Pero en Bismarck se unía una formación militar tradicional al tiempo que una educación cosmopolita. Esto, sumado a un innato talento para la política, le convertía en un hombre muy superior a la dura aristocracia rural de los *junkers* a la que pertenecía. En su persona se reunían las condiciones del gobernante y del estadista.

En Bismarck catalizarán todos los sueños de unidad que Alemania alentaba desde hacía casi un siglo. Para algunos historiadores, Bismarck no era un nacionalista alemán, sino solamente un prusiano que supo comprender el discurrir del tiempo que le tocó vivir; para otros, un patriota y el primero de los alemanes. Pero, sin duda, fue un estadista que llevó a la práctica una aspiración nacional, comprendió y fomentó una nueva forma de hacer política, *Realpolitik*, siendo fiel a las razones de Estado, como motivo último e imparable de sus actuaciones. Su figura, su voluntad, de manera incuestionable trazó un nuevo mapa de Europa, marcó indeleblemente el medio siglo en que dirigió y arbitró la política continental europea.

Su llegada a la Cancillería de Berlín supuso el doblegamiento de los liberales en el Parlamento prusiano. Potenció, modernizó y armó al ejército, convirtiendo una vez más a Prusia en la potencia militar y política más importante de Alemania, con capacidad para enfrentarse al inmenso Imperio austríaco. De su mano, la casa de los Hohenzollern se erigió en la llamada a realizar la unificación de Alemania, pero no por su talante liberal —como era el caso de los Saboya en Italia—, sino por su fuerza, ya que Bismarck sostenía que «las grandes cuestiones de nuestro tiempo no se deciden con discursos, ni con mayorías de votos, sino a sangre y hierro». Para él la guerra era la solución al problema alemán: «Es con el sable y con la sangre que se deciden los grandes problemas de la época.»

En Berlín, ya desde los tiempos de Manteuffel, se empezó a realizar una política independiente a la de los otros Estados alemanes, especialmente distinta a la de Austria, como se puso de manifiesto durante la guerra de Crimea (1853-1856) y durante las guerras de Independencia italianas.

La Alemania del norte, bajo control prusiano, cada día se distanciaba más de los Estados del sur, fundamentalmente católicos, liderados por Austria y Baviera. Esta postura se acentuó como consecuencia del tratado de comercio firmado entre Francia y Prusia, que forzó a los miembros del *Zollverein* a seguir las directrices marcadas por Berlín frente a unos Estados del sur inclinados a favor de Viena.

Desde Viena se reaccionó revitalizando la vieja idea de la creación de una «Gran Alemania», bajo liderazgo austríaco, con la intención de frenar la ofensiva diplomática prusiana. Con este objetivo se fundó, con sede en Munich (octubre de 1862), la Asociación para la Reforma, dedicada a luchar contra los intentos de una Alemania unificada en torno a Prusia.

En estos años Bismarck aspiraba aún a lograr un trato de igualdad con Austria que le permitiese controlar en exclusiva el norte, el centro y los territorios septentrionales de Alemania. Contaba para ello con sus propias fuerzas, su liderazgo sobre el *Zollverein*, y un cierto beneplácito ruso ganado gracias a la neutralidad de Prusia durante la guerra de Crimea y el apoyo que luego daría durante la represión de la revuelta polaca de 1863.

Austria no estaba dispuesta a ceder ante la pequeña Prusia. El emperador Francisco José intentó una vez más recobrar la iniciativa proponiendo la celebración de un congreso de príncipes en Frankfurt. Fracasó como consecuencia de la negativa a asistir de Guillermo I de Prusia. Fue, quizás, la última oportunidad para que Austria y Prusia dirimiesen pacíficamente sus problemas en relación con la unificación de Alemania y el papel que cada monarquía había de desempeñar en ella. El estallido en 1863 de la crisis de los ducados daneses de Schleswig, Holstein y Lauemburgo, propició el inicio de la sucesión de acontecimientos controlados por Bismarck que llevarían al triunfo de Prusia sobre Austria y a la unificación de Alemania bajo la casa de los Hohenzollern.

4.5. LA CUESTIÓN DE LOS DUCADOS DANESSES

En los ducados, la población —de menos de un millón de habitantes— era básicamente de habla alemana, excepto en la parte septentrional de Schleswig, donde había 150.000 habitantes de habla danesa. Desde 1721 pertenecían al rey de Dinamarca

por vía personal, conservando su régimen administrativo particular y su propia Dieta (Parlamento).

Entre la población alemana de Holstein, cuyo ducado formaba parte de la Confederación Germánica desde 1815, existía un fuerte sentimiento antidanés. La posibilidad de segregar la parte danesa de Schleswig y unirla a Dinamarca había sido descartada por causa de un dictamen jurídico de la Universidad de Kiel, que había antepuesto los derechos históricos a los de las nacionalidades, afirmando la indivisibilidad de los ducados, considerando a éstos incluidos en el mundo germánico, lo que hacía que la situación entre ambas comunidades fuese explosiva.

En 1848, Federico VII dio una Constitución común para Dinamarca y Schleswing, que provocó la formación de un gobierno alemán en el exilio en Kiel, con apoyo de la Confederación Germánica y sostenido por tropas prusianas. La intervención de Prusia levantó una ola de protestas internacionales (especialmente en Rusia e Inglaterra), que llevó al gobierno de Berlín a firmar el armisticio de Malmö (26 de agosto 1848). La retirada del apoyo prusiano al gobierno de Kiel fue visto como una traición por la Asamblea de Frankfurt, que se negó a firmar el armisticio; posición absurda, ya que carecían de ejército y medios materiales propios, por lo que finalmente tuvieron que claudicar y firmar el acuerdo el 16 de septiembre 1848.

Estos sucesos demostraron que la Asamblea era impotente para imponer su voluntad a los diferentes Estados alemanes, con lo que los particularismos salieron reforzados. Intentos fallidos de revolución por parte de sectores republicanos, junto al asesinato de dos diputados conservadores, llevó a la mayoría moderada de representantes reunida en Frankfurt a mirar hacia Viena y Berlín como garantes del orden y únicos capaces de lograr la unidad sobre los particularismos y radicalismos. El prestigio de la Asamblea de Frankfurt quedó muy dañado.

El Tratado de Londres de 1852 había intentado regular la situación especial en que se encontraban los ducados de Schleswig, Holstein y Lauemburgo, ya que eran fundamentalmente de población alemana pero pertenecían a Dinamarca. En 1858, el rey de Dinamarca nuevamente intentó recortar las libertades de sus súbditos alemanes. La indignación tomó tal intensidad que la Dieta Confederal propuso la intervención en el conflicto, sin que Prusia y Austria viesan esta iniciativa con buenos ojos: Dinamarca tenía un ejército pequeño, pero una flota poderosa capaz de bloquear las costas alemanas y, además, contaba con la amistad de Gran Bretaña. A estas razones se unía el hecho de que los alemanes de los ducados estaban divididos: por una parte, una nobleza rusófila; por otra, una burguesía deseosa de ingresar en la Confederación Germánica. Este hecho frenó inicialmente la intervención.

La muerte de Federico VII, que había subido al trono en 1848 y fallecido sin hijos el 15 de noviembre de 1863, había puesto el trono danés en manos de su primo por parte de madre, Cristián de Glücksburgo. La sucesión de los ducados era independiente y distinta a la del trono de Dinamarca, siendo la herencia únicamente por vía masculina, por lo que la posesión de los tres ducados debía caer en otro primo del fallecido Federico VII, el duque de Augustemburgo. La ocasión era ideal para que los sectores nacionalistas alemanes lograsen la separación de Dinamarca. Pero el nuevo rey de Dinamarca, desde un primer momento, manifestó su voluntad de no renunciar a estos tres importantes territorios.

Por toda Alemania se suscitó un amplio y fuerte movimiento popular que reclamaba la intervención de la Confederación Germánica en defensa de los hermanos ale-

manes de los ducados. En un primer momento la Dieta Confederal alemana se erigió en defensora de la nación y logró incorporar el territorio de Augustenborg en el Holstein. La reunión en Landtag de los representantes de la Confederación obligó momentáneamente a Austria y Prusia a posponer sus rencillas: pronto se inició la formación de una milicia de voluntarios, formada fundamentalmente por jóvenes nacionalistas (muchos de ellos pertenecientes a los gimnasios), decidida a defender los derechos del pueblo alemán frente a los daneses. Prusia y Austria declararon que si Dinamarca garantizaba las libertades tradicionales de los ducados, no intervendrían. Alemania entera se indignó ante la postura de Berlín y Viena.

Bismarck no tenía ningún interés en una victoria de la Confederación frente a Dinamarca, debido a la revitalización del modelo confederal y de las ideas liberales por toda Alemania que esto acarrearía, que irían en contra de sus planes de hegemonía prusiana. Para frenar la intervención de la Confederación, Prusia anunció su intervención militar y política para garantizar los derechos de la población alemana de los ducados. Cuando Prusia se decidió a intervenir en el conflicto, ya pensaba en una posible anexión, idea que era apoyada por un grupo de hombres de negocios renanos y algunos banqueros berlineses que maduraban un proyecto de canal entre el mar del Norte y el Báltico. Esta decisión obligó a Austria a intervenir para conservar su prestigio dentro de la Confederación Germánica, a pesar de su mala situación militar y geográfica para realizar una guerra en los ducados.

En enero de 1864, Austria y Prusia daban un ultimátum a Dinamarca. Afortunadamente para Bismarck, Dinamarca rechazó toda posibilidad de compromiso, iniciándose así una guerra que duró seis semanas (marzo-abril de 1864). Las operaciones militares, desarrolladas mediocrementemente por el austríaco Wrangel, según el plan de operaciones del prusiano Moltke, llevaron a la victoria a las fuerzas austro-prusianas.

Desde finales de abril a junio de 1864, Bismarck negociaba con Francia y Gran Bretaña la suerte de Dinamarca. Poco tiempo después se iniciaba una segunda campaña militar de sólo unos días de duración que lograba ganar el apoyo de la opinión pública alemana a favor de Prusia y que provocaba la rendición incondicional y definitiva de Dinamarca.

Por el Tratado de Praga (octubre de 1864), Dinamarca, abandonada por Suecia y las potencias europeas, se vio obligada a ceder los ducados a Prusia y Austria en teórica representación de los derechos del pueblo alemán. Prusia ocupó Schleswig y el puerto de Kiel, y Austria, Holstein, quedando ambos territorios dentro del *Zollverein*.

Bismarck pretendía que Federico de Augustenburgo —nuevo gobernante de los ducados— firmase con Prusia una convención militar y aceptase el establecimiento en Kiel de una base naval prusiana: un estatuto de vasallaje, en definitiva. Austria se opuso, siendo en abril la ruptura muy probable. Por la Convención de Gastein, de agosto de 1865, ambas potencias llegaban a un acuerdo sobre la división de los ducados: Schleswig y el puerto de Kiel bajo administración prusiana; Holstein bajo Austria. Augustenburgo no se resignó a esta situación, haciendo propaganda de la necesidad de crear un nuevo Estado: en Schleswig fue duramente reprimida por Prusia, y consentida por Austria en Holstein.

Las disputas entre Prusia y Austria, hasta entonces aliados, no tardaron en estallar: los derechos de paso de Austria camino a Holstein y el mantenimiento del orden en los ducados, provocaron choques entre ambas fuerzas de ocupación. Bismarck ha-

bía logrado un considerable éxito al comprometer a Austria en un escenario tan alejado de sus fronteras como era el de los ducados, al norte de Alemania.

Bismarck aumentó la tensión presentando un proyecto de reforma de la Confederación Germánica, el 9 de abril de 1866, inaceptable para Austria. Prusia se presentaba ante la Confederación Germánica como una nación liberal y moderna, llegando incluso a proponer que la Cámara fuese elegida por sufragio universal masculino frente a una monarquía austríaca defensora del Antiguo Régimen. El gobierno de Berlín unía a esta campaña política dentro de Alemania una política exterior activa que le garantizaba la neutralidad de las grandes potencias ante un cada vez más inevitable choque armado entre Prusia y Austria: Bismarck negociaba la neutralidad de Francia y la alianza del Piamonte ante el conflicto que se avecinaba.

El canciller prusiano no ignoraba que la opinión pública alemana no vería con buenos ojos una «guerra civil» entre ambas naciones por la cuestión de los ducados. Por temor al aislamiento dentro del mundo germánico, decidió enviar a Anton von Gablenz a Viena con la propuesta de que a cambio de la anexión de los ducados a Prusia, ésta estaría dispuesta a la reforma de las cláusulas militares relativas a la Confederación en un sentido más favorable para Austria. Francisco José se negó a renunciar a sus derechos y llevó la cuestión a la Dieta Confederal. Con esta actuación, Bismarck dio por cancelados los acuerdos de 1864-1865, ordenando a las tropas prusianas la total ocupación de los ducados.

4.6. LA GUERRA AUSTRO-PRUSIANA

Entre el 1 y el 21 de mayo de 1866, Prusia y Austria se intercambian ultimátums. Austria, en la Dieta Confederal, intentó presentarse como defensora del Derecho frente a Prusia, que propugnaba la unidad. El 12 de junio, Austria rompía relaciones, solicitando a la Dieta la movilización de sus tropas contra Prusia. Como consecuencia de esto, Prusia se encontró en guerra con Austria, con los Estados alemanes del sur, con Hannover y con Hesse. El 21 de junio, Prusia entró en guerra con los Estados más grandes de Alemania.

La guerra que se iniciaba no era en sí misma una guerra de agresión, ni una guerra de conquista, era una guerra «diplomática»: Bismarck quería convencer a Austria de cuál era el camino que iba a seguir el nacionalismo alemán y quién lo había de guiar. Prusia no quería convertir a Austria en un enemigo vengativo e irreconciliable; quería redefinir el mapa y el rango de los Estados y personas en la futura Alemania unificada.

El ejército prusiano, mandado por Moltke, demostró rápidamente su superioridad. Los nuevos fusiles de aguja, su perfecto entrenamiento, su rápida movilización gracias al empleo del ferrocarril, permitieron una brillante campaña que se cerró con la victoria de Prusia.

La campaña de 1866 no fue un paseo militar. Hubo duros combates para cercar y vencer a las tropas hannoverianas y empujarlas al otro lado del río Main, e igual ocurrió para vencer a los dos cuerpos de ejército de Baviera y sus vecinos. En Bohemia, campo principal de batalla, la victoria de Königgrätz (3 de julio) fue decisiva.

Moltke, al enterarse que los austríacos se estaban concentrando en Moravia, se dispuso a avanzar sobre Bohemia e invadir esta región con sus fuerzas divididas en

dos ejércitos. Un ejército avanzaría sobre Múchengrätz, el otro sobre Tratenau-Nachod, para reunirse en Gitschin. Las fuerzas austríacas retrocedían combatiendo ante el avance prusiano para irse a concentrar en Sadowa. El 3 de julio los dos ejércitos prusianos libraron la batalla de Königgrätz (también conocida por Sadowa). La victoria prusiana fue decisiva (los austríacos tuvieron 45.000 bajas, aunque 150.000 hombres lograron escapar), avanzando el 18 de julio Moltke sobre Wágran, a 16 kilómetros al nordeste de Viena. El día 21 Austria pidió un armisticio, que le fue concedido.

Después de la derrota de Königgrätz, Francisco José telegrafió a Napoleón III pidiendo su intervención en la guerra, pero Francia estaba embarcada en la cuestión de México.

El desastroso papel militar que desempeñó Italia, aliada de Prusia, en los combates que se desarrollaron al sur de los Alpes, no impidió que los Saboya obtuviesen algunos nuevos territorios del norte de Italia de manos de Austria.

Los tratados de Praga —entre Austria y Prusia— y Viena —entre Austria e Italia— tuvieron como consecuencia que el Véneto pasase a los italianos, y Prusia se anexionase el reino de Hannover, confirmase su dominio sobre Schleswig-Holstein, y adquiriese los ducados de Hesse-Cassel y Nassau, así como la ciudad libre de Frankfurt. Sajonia permaneció intacta: los Estados al norte del Main formaron en 1867 una estructura supranacional que aglutinaba 21 Estados bajo el control de Prusia. La victoria de Prusia sobre Austria no alcanzó al sur del río Main (Baviera, Wüttemberg y Hasse Darmadt), pues la entrada de estos territorios en la órbita de Berlín habrían llevado a una guerra con Francia. Todo habría de llegar.

El 17 de abril de 1867 se producía la proclamación de la Constitución de la Confederación Alemana del Norte, que se convertía en la práctica en un Estado federal *sui generis*. Guillermo I la presidía, siendo su canciller Bismarck. Tenía un Consejo Federal (Bundesrat) y un Parlamento (Reichstag) elegido por sufragio universal masculino, estando sus decisiones directamente relacionadas con la marcha del *Zollverein*.

Nacía una nueva estructura de poder en Alemania, el futuro II Reich, bajo la forma de Estado-nación. Surgía una nueva concepción de poder. La nueva confederación tenía en el káiser su jefe hereditario y un Parlamento bicameral; los ministros sólo eran responsables ante el emperador. Nacía de manos de Bismarck, ante el estupor de los aristócratas, príncipes y *junkers* prusianos —de una parte— y la burguesía liberal de otra, un modelo de Estado con aires liberales y populistas que sólo su autor comprendía en su totalidad; había nacido la Alemania Estado-nación.

La victoria no fue total desde el punto de vista prusiano. Los Estados del sur estaban todavía situados en una tierra de nadie que más tarde o más temprano tanto Francia como Austria podían intentar controlar. El siguiente paso era completar el control de Berlín sobre estos territorios.

4.7. LA GUERRA FRANCO-PRUSIANA

La política exterior del II Imperio francés se estaba resquebrajando: el intento de poner en el trono de México a Maximiliano de Austria había sido un fracaso que había costado muchos muertos y dinero: el propio Maximiliano había sido fusilado en Querétaro (mayo de 1867). El reino de Italia había crecido solo y aspiraba a convertirse en una gran potencia en lugar de un Estado satélite de Francia, como había de-

seado Napoleón. El sur de Alemania parecía llamado, por una vía o por otra, a romper los lazos que le unían con París. A todos estos graves contratiempos se unía el nacimiento en Centroeuropa de una gran potencia, la Prusia de Bismarck, que afectaba directamente los designios tradicionales de Francia en materia de política continental europea.

Por si todos estos problemas no eran suficientes, en España había caído la monarquía de Isabel II y el nuevo hombre fuerte, el general progresista Prim, estudiaba la posibilidad de poner en el trono vacante de Madrid a un sobrino del káiser, al príncipe Leopoldo Hohenzollern-Simaringe. Esta posibilidad levantaba oleadas de indignación y miedo en Francia. Napoleón III no estaba dispuesto a tener un mismo potencial enemigo en sus fronteras del noreste y del sur al mismo tiempo.

Antes de dar comienzo los problemas entre París y Berlín por motivo de la corona de España, ya las relaciones entre ambos Estados eran muy tensas. Napoleón III aspiraba al engrandecimiento de su territorio metropolitano mediante la anexión de Bélgica y Luxemburgo. Bismarck intentó aminorar la tensión creciente entre ambas naciones informando a Napoleón, por medio de su embajador en París, Goltz, que Berlín no se opondría a estos planes expansionistas: Bismarck confiaba en que sería Gran Bretaña la que pararía los pies a Francia sin tener que intervenir en la cuestión.

Pero el choque entre ambas naciones no se pudo evitar. En Luxemburgo existía una fortificación propiedad del rey de Holanda, pero con guarnición prusiana. Esta situación, al parecer ignorada por Bismarck, provocó en la opinión pública alemana una explosión de patriotismo de carácter anti francés que obligó al gobierno de Berlín a desdecirse de las promesas realizadas y oponerse a la anexión de Luxemburgo por Francia. La relaciones con Francia estuvieron muy cerca de la guerra, llegando a proponer Moltke la ruptura de las hostilidades.

En Francia el sentimiento antialemán alcanzó sus cotas más altas: a la sensación de frustración por haber consentido la derrota de Austria, ahora se unía la humillación en la cuestión de Luxemburgo, y además la posibilidad de un rey prusiano en el trono de España.

Para Francia esta candidatura resultaba absolutamente inadmisibile. La diplomacia francesa, tras lograr un cierto apoyo de otras cancillerías europeas a sus demandas, exigió al káiser que retirase el plácer que había dado a su sobrino Leopoldo para ser rey de los españoles. El 12 de julio se anunció la retirada de la candidatura prusiana al trono español, pero Napoleón III, en vez de contentarse con este éxito, exigió que el rey de Prusia aprobase la retirada y que no autorizase al príncipe Leopoldo a intentarlo de nuevo. El 13 de julio Guillermo I expresó su negativa a esta nueva demanda en una entrevista mantenida con el embajador francés Benedetti en Ems: no estaba dispuesto a dar una garantía para el futuro. Esta respuesta se mantuvo en secreto, por lo que no tenía ninguna consecuencia en el prestigio público de Napoleón, cuestión a la que era muy sensible. Pero Bismarck dio un comunicado de prensa y una circular a los gobiernos extranjeros informando de la negativa del káiser. El 15 de julio de 1870, Francia iniciaba la movilización y el camino hacia la guerra.

El principal problema diplomático de Bismarck era mantener sola y aislada a Francia ante la guerra que iba comenzar.

Italia aún no había terminado su unificación por causa de las tropas francesas que protegían los Estados temporales del papa. Los Saboya no se pondrían del lado de Francia ya que la guerra que comenzaba era la oportunidad tan esperada para zan-

jar para siempre la cuestión de Roma: la derrota de Napoleón supuso el fin de la existencia de los Estados Pontificios. Roma se convirtió en la capital de la Italia unificada de los Saboya.

Gran Bretaña fue apartada de cualquier veleidad belicista al publicar Bismarck en la prensa inglesa el plan francés de anexión de Bélgica y Luxemburgo de 1866. Austria, deseosa de tomar venganza de su reciente derrota, se mantuvo expectante. La rápida derrota de los franceses demostró que su prudencia era acertada.

Rusia, por su parte, aprovechó la crisis para denunciar los tratados de París de 1856 sobre los Estrechos, surgidos de su derrota en la guerra de Crimea; la neutralidad de Prusia durante esta guerra fue devuelta con la misma moneda. Además, durante la revuelta polaca de 1863 Berlín y Moscú habían colaborado estrechamente en defensa de sus intereses comunes, lo que había servido para distanciar a Rusia de Francia.

Al inicio de la guerra, a pesar de la aparente paridad militar entre ambas potencias, la superioridad alemana era una realidad. Francia contaba con 250.000 hombres frente a los 381.000 alemanes.

La movilización francesa fue un verdadero caos; por el contrario, la prusiana fue de una absoluta precisión. Un general escribía al recién nombrado ministro de la Guerra francés, conde de Palikao: «En los depósitos no hay cacerolas de campaña, ni platos, ni fogones; no existen cantimploras ni sillas de montar. [...] durante cuatro días nuestros soldados vivieron de la caridad de los habitantes, si nuestras carreteras están embotelladas con extraviados que se mueren de hambre, todo ello se debe a la administración...»

El fusil francés Chassepot era mucho mejor que el prusiano de aguja, anticuado, lento, de muy corto alcance; pero la artillería prusiana era superior, pues tenía cañones que se cargaban por la recámara de hierro, frente a los franceses de bronce y de carga por la boca. Francia tenía un arma nueva, tan secreta que las tropas no sabían utilizarla, la ametralladora de 25 cañones «Reffeye», siendo por esta causa una ventaja inútil. Aunque la verdadera superioridad prusiana radicaba en la existencia de un Estado Mayor verdaderamente eficaz y preparado para toda contingencia, como se pudo corroborar durante la guerra.

El pésimo plan de campaña francés permitió que las fuerzas alemanas pudieran combatir alternativamente con uno de sus dos ejércitos, mandados por Bazaine y MacMahon respectivamente. Los franceses fueron vencidos en las batallas de Spichere, Marsla-Tour y Gravelotte, viéndose las fuerzas del mariscal Bazaine obligadas a retroceder a las fortificaciones de Metz. El general MacMahon, derrotado en Froeschwiller, también retrocedió hasta Châlons, donde se les reunió el propio Napoleón III.

A estas alturas de la guerra, ambos ejércitos franceses debían agruparse para hacer frente a los avances prusianos. Durante esta maniobra las fuerzas de MacMahon fueron sorprendidas por los prusianos, que les obligaron a replegarse a Sedan. El terreno era absolutamente desfavorable a los franceses, y cuando el 1 de septiembre de 1870 se inició la batalla, los alemanes tenían una mejor posición y 90.000 hombres más. La suerte estaba echada.

La guerra se decidió rápidamente. Comenzó el 19 de julio, siendo el ejército francés derrotado en Sedan el 1 de septiembre de 1870. El propio Napoleón III fue capturado por los prusianos. El II Imperio francés se desplomó de la noche a la mañana, mostrándose incapaz y anticuado. El 4 de septiembre un gobierno provisional proclamaba la Tercera República francesa.

París fue sitiada por las tropas alemanas durante cuatro largos meses. Metz y otras cinco plazas importantes aún resistieron algún tiempo más: el ejército de Bazaine se rindió en Metz el 27 de octubre.

En septiembre se inició el sitio de París. El 17 de diciembre se inició el bombardeo de la ciudad, que capituló el 29 de enero de 1871. Leon Gambetta se escapó de París en un globo para dirigirse al valle del Loira, donde intentó reclutar un nuevo ejército en nombre de la recién proclamada República, sin resultado.

En febrero de 1871, la Asamblea Nacional francesa reunida en Burdeos nombró a Thiers «jefe del poder ejecutivo». A la entrada de los alemanes en París el 1 de marzo de 1871, siguieron importantes desórdenes: en las elecciones municipales de marzo de 1871 salió elegido un consejo o comuna radical (por Montmartre fue elegido George Clemenceau). La Comuna se rebeló contra el gobierno de Thiers, que estaba en Versalles. Entre sus motivos influyó notablemente la recién firmada rendición ante Alemania. La agitación se vio también alentada por la decisión de la Asamblea de Burdeos de poner fin a la moratoria sobre las deudas y dejarse de pagar a la Guardia Nacional. Cuando Thiers intentó retirar la artillería de la ciudad, estalló la revuelta.

La Comuna resistió seis semanas. En mayo, MacMahon entraba al mando de un ejército en la ciudad tras durísimos combates callejeros, en el curso de los cuales 25.000 hombres, mujeres y niños perecieron en lucha fratricida, siendo posteriormente muchos más ejecutados y deportados.

El 10 de mayo de 1871 se firmó el Tratado de Frankfurt, ratificado el día 18 por la Asamblea Nacional francesa. Sus condiciones eran moderadas y en modo alguno constituían una represalia: el pago de una indemnización de guerra de 200 millones de libras; el derecho de Alemania a ser tratada por Francia como nación más favorecida; la anexión de Alsacia y Lorena.

Antes de agosto, Bismarck no había considerado la anexión de Alsacia y Lorena, pero la aparición de esta posibilidad en la prensa nacionalista llevó al canciller, tras consultar con Rusia, a unir ambos territorios a Alemania. De esta decisión surgiría una de las principales motivaciones que arrastraría a Europa a las dos guerras mundiales, y con ella al mundo entero.

En el Salón de los Espejos del palacio de Versalles proclamó Bismarck el Imperio, el II Reich, el 18 de enero de 1871. Guillermo I era proclamado emperador de Alemania. La capital de Francia dejaba de ser el centro político de Europa para ser sustituido por Berlín hasta 1918.

4.8. EL FIN DE LA UNIFICACIÓN ALEMANA

Ya en septiembre de 1867 Bismarck había anunciado que no se conformaría con la unión aduanera y militar de los Estados del sur con Prusia; quería la unión política, aunque manifestó que les dejaría libertad de decisión.

En 1868, de los 85 diputados alemanes del sur, 49 se habían manifestado contrarios a la unión política. Bismarck, empleando grandes recursos económicos en propaganda —varios periódicos bávaros y wurtemburgueses estaban financiados por el gobierno prusiano— defendía una fórmula de compromiso: la formación de una unión federativa entre la Alemania del sur y la del norte.

En el invierno de 1869-1870 los sentimientos particularistas recobraron gran parte de su fuerza en toda la Alemania del sur. Sólo el gran duque de Baden, yerno de Guillermo I de Prusia, solicitó la admisión en la Confederación Alemana del Norte. En Baviera, Wurtemberg, en Munich, Stuttgart y Darmstadt, los partidarios de la no integración con Alemania del norte bajo control prusiano ganaban posiciones.

En febrero de 1870, Bismarck estaba convencido de que una guerra con Francia sería capaz de impulsar el sentimiento nacional de todos los alemanes y terminar las resistencias locales a la política de la unidad. Bismarck quería, una vez logradas las aplastantes victorias militares sobre Austria y Francia, que la nueva nación alemana naciese de la voluntad de los propios alemanes, aunque tuviese que «convencer» a los príncipes de uno en uno. El Imperio debía surgir por encima de dudas y pequeñas disputas personales.

Baden pronto aceptó la nueva situación, siendo seguido poco después por los algo más recelosos pequeños Estados de Hesse y Wütemberg. Luis II de Baviera fue el que se mostró más reticente a aceptar el nuevo estado de cosas. No veía con buenos ojos que Guillermo I de Prusia se convirtiese en el emperador coronado de Alemania. Una vez más, la habilidad diplomática de Bismarck logró salvar este último escollo: le cubrió de halagos, le dotó con una pensión anual de 10.000 taleros sacada de los bienes welfos, le permitió tener su propio y pequeño ejército, y le concedió el honor de ser su mano la que ceñiría la corona de emperador en la cabeza del káiser, todo un símbolo. Así nacía un Imperio centroeuropeo en el que se unificaban los 39 Estados confederados alemanes bajo una sola dinastía.

Bibliografía

- Ayçoberry, Pierre, *La unidad alemana*, Barcelona, 1988. Buena síntesis, aunque en ocasiones algo confusa. Presta especial atención al movimiento de la ideas políticas. Va desde 1800 a 1871.
- Barracough, Geoffrey, *El mundo. Gran atlas de historia*, Barcelona, 1985, vol. 5. Resulta muy útil su utilización tanto por la calidad y fácil comprensión de los mapas como por las extensas explicaciones que los acompañan.
- Car, W., *The Wars of German Unification*, Londres, 1991. Se centra en las tres guerras de la unidad alemana: la guerra de los ducados, austro-prusiana y franco-prusiana. Trata por igual el papel desempeñado por vencedores y vencidos.
- Catalano, F., Moscati, R. y Valsechi, F., *Storia d'Italia*, Milán, 1960, vol. VII. Dentro de la historiografía italiana sobre su propia historia es de destacar esta obra por su extensión y calidad.
- Droz, J., *La formación de la unidad alemana 1789-1871*, Madrid, 1973. Probablemente la mejor síntesis *in extenso* del proceso de unificación alemana de entre los libros traducidos al español.
- Guichonet, P., *La unidad italiana*, Madrid, 1990. Es una breve síntesis que permite un acercamiento con cierta profundidad a la cuestión.
- Kinder, H. y Hilgemann, W., *Atlas histórico mundial. De la Revolución francesa a nuestros días*, Madrid, 1980. A pesar de ser una edición de bolsillo resulta muy útil su consulta, pues aunque los mapas no son muy buenos, las cronologías suelen servir para comprender la sucesión de acontecimientos en ocasiones confusos tanto en el caso de Alemania como de Italia.

- Lampedusa, G. T., *El Gatopardo*, Madrid, 1987. Una espléndida reconstrucción del tiempo de la unidad italiana. De obligada lectura. Existe una muy buena adaptación cinematográfica del mismo título dirigida por Luchino Visconti en 1962.
- Ludwig, Emil, *Bismarck, historia de un luchador*, Barcelona, 1932. Tiene todos las virtudes y defectos de una biografía escrita en los años treinta. Sin duda es una de las mejores biografías sobre Bismarck, de las que más se acerca al modo de pensar y a los planteamientos del canciller alemán.
- Renouvin, Pierre, *Historia de las relaciones internacionales*, Madrid, 1982. Es un libro ya clásico y de obligada consulta para comprender la trama internacional de los procesos de unidad, aunque en sus páginas no se descuidan aspectos ideológicos, de economía, etc.
- Taylor, A. J. P., *La monarquía de los Habsburgo, 1809-1918*, Madrid, 1983. Es un libro algo anticuado y cuestionable en algunos de sus planteamientos, pero puede servir para comprender el papel de Austria en el siglo XIX.